

EL ENIGMA DE LOS SIGLOS

LOUIS G. MILK

El enigma de los siglos

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/018

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Como si cabalgara sobre un rayo de luz, con su misma velocidad, así volaba la astronave por las regiones siderales del eterno silencio, punteadas de trillones y trillones de inmóviles estrellas, que contemplaban impasibles el audaz viaje de la nave del espacio, que devoraba la distancia, como si ella misma fuera una infinitesimal partícula de la luz, cuya trayectoria se curvaba al pasar cerca de algún astro, a consecuencia de la fuerza de atracción de éste.

Pasó a corta distancia de un sol de cegadores destellos, de luz blanco-azulada, que, a modo de satélite, tenía otro sol menos brillante[1] y, apenas había hecho esto cuando se sumergió en una zona negra, vacía de todo cuerpo cósmico, encaminándose hacia una estrella que solamente podía apreciarse con los más perfeccionados medios de detección que había a bordo de la astronave.

—Todavía nos queda un largo camino —murmuró alguien, en el interior del aparato, sentado ante una mesa, cuyo principal instrumento era una extraña pantalla en la que se veían reflejados un enjambre de astros, en los que podía apreciarse su movimiento de traslación, alrededor de otro mucho más brillante y que parecía ser el centro de aquel sistema.

—¿Lo crees así, Novak? —preguntó una bellísima mujer, extrañamente ataviada, de líneas estatuarias y rostro que parecía dibujado a cincel.

—Sí. Entre esa estrella que acabamos de rebasar y aquella en cuya dirección vamos no hay ningún otro cuerpo celeste. Es una región vacía y tardaremos largo tiempo en llegar hasta allí.

—Nuestra vida, gracias al maravilloso inventó de mi padre, muerto en las circunstancias que tú sabes, es de larga duración. Tenemos tiempo, pues, más que suficiente hasta llegar allí —murmuró la mujer.

Un tercer personaje que hasta entonces había permanecido en silencio dijo, con gesto fatigado:

—Sí. Cierto. Pero estoy deseando llegar a ese mundo para descansar. ¿Estás seguro de que reúne condiciones de habitabilidad?

—Los cálculos de Novak no pueden fallar —replicó la mujer orgullosamente—. Ese planeta es en un todo idéntico al nuestro y al que, por desgracia, ya no podremos regresar. ¿Qué importa un poco más de tiempo, cuando esta dimensión es nuestra?

—Tus palabras son irrebatibles, Trytha —murmuró el llamado Novak, prosiguiendo luego con un leve deje de ironía en la voz—: Pero Zoral no parece comprenderlo así.

—Lo comprendo perfectamente —gruñó el interpelado con aspereza —. Más a pesar de todo, sigo teniendo mis dudas acerca de la habitabilidad de ese astro. Y, en todo caso, suponiendo que sus condiciones de vida sean las mismas que las de Ergamion, al que volvimos las espaldas, quizá con demasiada precipitación, ¿sabes acaso si los hipotéticos habitantes de ese mundo son de nuestra misma configuración, no solamente física, sino psíquica?

Volvió la mujer a contestar altivamente, poniendo punto final a la discusión:

—Sean quienes sean los hombres que vivan en ese mundo, sea cual sea su figura o su inteligencia, los dominaremos. Nuestra civilización es la más adelantada del Universo y, hasta ahora, en todos los viajes siderales que se hicieron desde Ergamion, en todos los astros habitados que visitaron nuestras expediciones, no hubo, ningún ser que nos igualara en inteligencia y sabiduría. ¿Por qué, pues, iban a ser éstos una excepción? No. Podrán ser muy sabios, podrán ser superiores a nosotros en belleza física, pero deberán rendirse ante la

evidencia. Nosotros somos la única raza que ha conseguido develar el secreto de la constitución del Universo y la única que ha conseguido igualar la velocidad de la luz en sus viajes por el espacio. Serán, pues, los súbditos de un nuevo reino que instauraré en sustitución del que me arrebataron.

—Así sea —contestaron humildemente los dos hombres.

* * *

El zumbador del visoteléfono sonó monótona, pero insistentemente, y Kerryck Olligan, con un gesto de hastío en el sudoroso rostro, se quitó el sombrero de encima de los ojos, colocando los pies en el suelo. Dio media vuelta a la llave y aguardó a que el que había llamado hablara, dejando al mismo tiempo reflejar su imagen en la pantalla.

Pero en lugar de esto, solamente vio un cuadrado blanco, casi grisáceo y, manejando el control de aumento de visión, se pudo dar cuenta de que habían interpuesto un periódico, sin duda para no dejar ver el rostro.

—¿Quién es usted? ¿Qué demonios quiere? —gruñó Kerryck, de mal talante, notando que un diminuto orificio, no mayor que el de una cabeza de alfiler, había sido abierto en el diario, con el objeto de que su comunicante pudiera observar sin serlo él a su vez.

—¿Kerryck Olligan? —preguntó una voz de timbre agudo.

—Sí. Yo mismo —replicó éste.

—¿El reportero del “New-York Sideral News”?

Por lo visto querían asegurarse de su identidad, ante lo cual Kerryck hizo una cosa extraña, con toda calma: se llevó la mano al bolsillo posterior de su pantalón, extrayendo de él su tarjeta de prensa que enseñó con todo cuidado, colocándola delante de la pantalla para que el otro la viera perfectamente.

—¿Convencido? —preguntó secamente.

—Sssí… Claro, claro… Le ruego me dispense, se… señor Olligan. Pero es… es que lo que tengo que decirle quiero que lo sepa usted únicamente.

—Bien, ¿y de qué se trata? Vamos, desembuche. No tengo tiempo que perder —gruñó Kerryck, suspirando en su interior por la siesta perdida

y que no recuperaría ya aquella calurosa tarde. Las finanzas de su periódico no eran muy boyantes y el director había decidido suprimir los gastos innecesarios, tales como la refrigeración de la atmósfera.

—Esta noche. A las ocho en punto. En la esquina de la Tercera Avenida con la calle 23 Oeste.

—Un momento, por favor —rogó Kerryck, alargando la mano hacia el paquete de cigarrillos que había encima de la mesa, pero en realidad para rozar el control de un aparato de grabación con objeto de recoger las palabras que pronunciaba el confidente—. ¿Quiere repetir?

Accedió el otro, añadiendo algo que hizo saltar en su asiento al periodista.

—*Ojos Negros* Dickson va a ser asesinado —y dicho esto, Kerryck oyó claramente el sonido que hacía el aparato al ser cortada la comunicación, borrándose al mismo tiempo la imagen del periódico.

Durante un segundo, el reportero estuvo meditando sobre la noticia tan extraordinaria que acababa de escuchar y de repente, encasquetándose el sombrero, se puso en pie, desplegando una actividad inusitada. Salió de su reducido despacho, atravesando como una bala la semivacía, en aquellas horas, sala de redacción del periódico, encaminándose hacia el que tanto él como sus compañeros llamaban "puente de mando" y en el que, a cualquier hora, podía verse a Samuel Hirsch, director del periódico. Pegó una patada a la puerta, dejando atónita a la atractiva secretaria, que se quedó mirándolo como si le hubiera aparecido su bisabuelo, resucitado repentinamente, y se coló dentro del despacho presentándose ante su jefe.

Todo lo corto de estatura que era Hirsch, lo suplía con su gordura. Sus subordinados decían de él, a sus espaldas, claro está, que era la cuadratura del círculo hecha humanidad. Pero su obesa complexión no le impedía ser tan ágil de cuerpo como de mente y pocos cerebros, en el mundo periodístico, había tan sagaces como el del director del "New-York Sideral News".

—¿Qué tripa se le ha roto, Olligan? —murmuró Hirsch, elevando sus acerados ojos en los del *repórter*.

Éste se sentó displicentemente sobre un ángulo de la mesa y, sin mirar a su jefe, encaró hacia si el flujo del diminuto ventilador.

—¡Uf! ¡Vaya calor! —dijo con volubilidad—. Creo que hace tiempo

que no teníamos en la ciudad un verano tan caluroso.

—Si esas son todas las noticias que me trae, ya se está largando con viento fresco, Kerryck —rezongó Hirsch, enfocándose el ventilador—. Para decir que tenemos casi 40º a la sombra, ya tengo mi colaborador meteorológico.

—¿Sí? ¿Y qué me dice de su reportero sensacionalista, Bobby Salaman?

—Que estoy altamente satisfecho de sus servicios —dijo fríamente Hirsch, volviendo a su tarea.

—Si yo fuera el director de este estropajo en forma de diario, lo despediría inmediatamente sin previo aviso.

—Vaya, vaya —Hirsch arrojó a un lado la pluma, colocando la barbilla sobre los puños y los codos sobre la mesa—. Una zancadilla, ¿eh?

—No, jefe. Nada de eso. Pero, hablando con la mayor de las honestidades…

Chasqueó varias veces la lengua el director, murmurando luego:

—Le recomiendo un repaso del diccionario, Kerryck. Así sabría usted claramente el significado de la palabra *honestidad* —y la subrayó, acentuándola fuertemente.

Pero Kerryck no se dio por aludido. Continuó con su tema a vueltas.

—Si yo fuera el director de este papelucho, despediría inmediatamente… ¿no lo he dicho ya antes?, a Salaman. Vamos a ver, jefazo: admitiendo que tiene pasta de reportero, ¿cuándo le ha traído a usted la noticia de un crimen antes de que éste fuera cometido?

Las palabras de Kerryck parecieron interesar súbitamente a Hirsch.

—¿Quiere repetírmelo, Olligan?

El periodista no se hizo de rogar, en vista de lo cual Hirsch preguntó:

—¿Acaso sabe usted quién es el *muerto*?

—El que va a morir, jefe. No lo olvide. No solamente sé su nombre, sino la hora y el lugar exacto en que va a abandonar este valle de lágrimas.

—Dígamelo, Kerryck. Dígamelo de una vez, ¡por el amor de Dios! —el director del periódico comenzaba ya a perder los estribos, pero su subordinado pareció no hacerle caso. Tomó un retorcido cigarrillo del arrugado paquete que extrajo del bolsillo, encendiéndolo e inhalando placenteramente el humo. Luego se levantó, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿A dónde se marcha, Kerryck? —aulló, más que preguntó, Hirsch.

—Creo que dentro de una hora empiezan las carreras. Son muy aburridas. Siempre van los *jockeys* encima de los caballos. Tengo ganas de que un día ocurra lo contrario. Porque mantengo la esperanza, hago esa información. De lo contrario ya me había despedido de esta basura pomposamente llamada periódico. ¡Hasta la vis…!

—¡Aguarde un momento, Kerryck! —vociferó el director—. ¿Quién, dónde y a qué hora va a ser asesinado?

El interpelado se encogió de hombros.

—¿Qué me importa a mí, jefe? Yo solamente hago la reseña de carreras y atropellos de niños y ancianos por borrachos sin carnet. Por lo tanto…

El tono de Hirsch comenzó a ser plañidero.

—Kerryck, por todos los dioses del Olimpo, sea bueno con su jefe, que le ha tratado injustamente. Considero que en aquella ocasión se extralimitó un tanto, pero me gustaría darle otra oportunidad. Ande, dígame quién es ese presunto cadáver. Sea bueno conmigo.

Kerryck pensó que su jefe, en cierta parte, decía verdad, Cualquier otro director de periódico, después de aceptar y publicar como buena la noticia de que en la Luna se estaban desarrollando espantosos, combates, aumentando con las tremendas explosiones nucleares los ya numerosos cráteres del satélite, cuando lo cierto era que se estaban ensayando mortíferos artefactos que nadie se atrevía a probar en la Tierra, por temor de una reacción en cadena, que "disolviera" el planeta, cualquier director de diario lo hubiera arrojado a patadas, en lugar de relegarlo a un puesto insignificante. Sí, en realidad, Hirsch había sido bueno con él, pero Kerryck ansiaba volver al puesto que había perdido. Actividad y dinamismo era su cuerpo y eran dos cosas sin las cuales no sabía vivir. Se limitó, pues, a sonreír para sí, preguntando ingenuamente:

—¿*Chantage*, patrón? ¿Desde cuándo reconoce usted sus propias

debilidades?

Hirsch, de mala gana, exclamó:

—Usted tuvo un patinazo, pero ese zoquete de Salaman no lo ha sabido tener tan siquiera. ¿Qué hay de esa noticia que ha recibido usted?

—¿Me la "da" a mí? —Kerryck, volviéndose, apoyó ambas manos sobre la mesa, clavando sus ojos en los de su jefe—. Tengo las pruebas. He grabado la conversación.

—¿De verdad? ¡Cielos, siempre dije yo…! Dígame, dígame, ¿quién es?

—¡*Ojos Negros* Dickson!

Hirsch se hubiera caído de espaldas de no tener el respaldo del sillón. Abrió los ojos hasta que parecieron los de un pez, redondos por completo.

—¡*Ojos Negros* Dickson! ¡Imposible!

—¿Quiere que le traiga la cinta grabada, jefe?

—No. Le creo, Kerryck. —Kirsch consultó su reloj—. Dentro de cuatro horas. ¿Sabe usted la forma en que va a ser suprimido?

—No llegó a tanto la información, señor Hirsch. Ni tampoco conozco la identidad del que me llamó. Podría saberlo, pero no me interesa; porque así la Policía se enteraría. Con toda seguridad es algún maleante y su voz no dejará de estar registrada en los archivos de Jefatura. Sin embargo, no tengo grabado más que el nombre, el lugar y la víctima y, como comprenderá, no nos interesa irnos con el cuento a los de la bofia.

—Sí —dijo pensativo Hirsch—. Pero eso podría costamos algún disgusto, Kerryck.

—¿Disgustos? —rió Olligan—. ¿Qué importancia tiene el que un reportero, provisto de una cámara teleemisora con objetivo de rayos infrarrojos[2], pase por aquel lugar en el preciso momento en que se comete un asesinato, que en realidad es un acto de justicia, hágalo quien lo haga? Recuerde que *Ojos Negros* es un criminal empedernido, que siempre ha sabido salir indemne de todos los líos en que se ha metido. No sé cómo se las ha arreglado, pero ha salido siempre vencedor en sus numerosos duelos con el detector telepático.

—Es cierto —y de repente, el redondo rostro de Hirsch se iluminó—. No solamente es una buena idea, sino una fuente inagotable de ingresos. Mi amigo Sullivan, el director de la *Yankee and Universal T.V.*, pagará lo que le pida cuando le diga la sensacional noticia —y dicho esto Hirsch echó mano al visoteléfono, pero Kerryck puso la suya encima, deteniendo el ademán.

—No. Ni hablar. El que me ha dado la confidencia no ha tenido otro remedio que hacerlo, porque no quería darse a conocer. Pero en nuestro caso, el asunto varía. Gástese el dinero en un taxi, y vaya a ver a Sullivan personalmente. Le conviene y nos conviene. ¡Ah! Y de paso, dé la orden en el departamento fotográfico para que no me pongan pegas cuando vaya a recoger la cámara teleemisora. También deberá decir a Sullivan que yo seré el único en transmitir el suceso. No quiero interferencias. ¿Entendido, patrón? Del aumento de sueldo ya hablaremos mañana.

* * *

Loretta Myers era una espigada joven, quizá no muy hermosa según los cánones clásicos, pero aquel par de enormes ojos garzos en su levemente irregular rostro le conferían un encanto que pocos se habían atrevido a definir acertadamente. Esbelta, de estatura ligeramente superior a la normal; de líneas puras, sugería la imagen de la diosa del atractivo moral, si en que en la antigüedad los paganos la hubieran tenido. Pero ella no se preocupaba generalmente de sus dotes físicas gran cosa, y mucho menos en aquellos momentos en que, a bordo de un *stratocrusier* a treinta mil metros de altura y dos mil kilómetros de velocidad, volaba del Perú a los Estados Unidos, atenta a un fajo de notas y papeles que, reposando sobre la pequeña mesita auxiliar, la atestaban y en medio de cuyo piélago se encontraba la muchacha como el pez en el agua.

Frente a ella, en el pequeño departamento del avión, reservado especialmente para ellos, se encontraba su padre, fumando pensativamente en su pipa y exhalando azuladas nubes de humo que eran inmediatamente arrastradas por el purificador de la cabina. Harold Myers era una autoridad estadounidense en arqueología, del que sus colegas decían que lo que él no supiera, no valía la pena de estudiarse, pero jamás nadie le pudo reprochar el que hubiera caído en el, en su caso, justificable pecado de orgullo.

El absoluto silencio que en aquellos momentos reinaba en el departamento fue interrumpido por Harold Myers:

—Creo, querida Loretta, que si logro demostrar la veracidad de mi tesis, la ciencia arqueológica sufrirá una radical transformación.

Loretta alzó sus hermosos ojos hacia el rostro de su padre, sonriendo dulcemente:

—Será un digno colofón, el brillante que rematará la cúspide de tu carrera, papá.

—¡Bah! Loretta, ya sabes que no lo hago por eso. La Historia de nuestro Mundo tendrá que rectificar la mayoría de sus conceptos de una manera radica. Tendremos que desechar viejas teorías, basadas a su vez en suposiciones mucho más anticuadas todavía. Se impondrá hacer una revisión a fondo, no solamente de la Arqueología y de la Historia, sino de muchas otras ciencias, por no decir todas, y nuestra vida futura, la tuya, querida hija, se verá en los prolegómenos de una radical transformación. Los viajes por el Universo, no solamente fuera de la limitadísima, insignificante distancia de la Tierra a la Luna, único viaje sideral que ha logrado efectuarse hasta ahora semisatisfactoriamente, sino más allá de los confines del sistema solar, serán tan factibles como es hoy día el trasladarse a cualquier punto del globo en pocos minutos.

—Es cierto, papá —sonrió de nuevo la muchacha—, pero todo depende de que tu amigo, el doctor Lawrence, construya la máquina capaz de descifrar...

Loretta se interrumpió súbitamente, mirando, al igual que su padre., en dirección hacia la puerta, en la que acababan de sonar los golpes de unos nudillos.

—¿Quién será? —inquirió el profesor Myers.

—Abriendo saldremos de dudas —dijo ella y se levantó, alisándose instintivamente la falda del floreado vestido, propio del país en que había habitado durante cerca de tres años.

Mas apenas había hecho girar el pomo de la puerta, cuando ésta se abrió bruscamente y un hombre, con el aja del sombrero tapándole casi los ojos, armado con un fenomenal pistolón de pavoroso calibre, dotado de silenciador, se coló en el departamento, cerrando tras sí, y apoyándose con una mano en la puerta, en tanto que el arma, sostenida firmemente, encañonaba a padre e hija.

Loretta, pálida, pero sin dar la menor muestra de temor, se dirigió al inesperado asaltante.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros? Llevamos muy poco dinero encima y...

—No me hace falta el dinero. Tengo todo lo que quiero. Solamente deseo que me entreguen ustedes algo qué encontraron en las ruinas del Templo de los Incas.

—¡¡NO!! —gritó el profesor, palideciendo y apoderándose de un maletín que tenia al alcance de su mano, mas antes de que pudiera adivinar las intenciones del desconocido, éste, proyectándose con felino salto hacia adelante, arrebató la pequeña maleta de manos del profesor, retrocediendo acto seguido.

—Ese “no” ha resultado, bien que a su pesar, un “sí” muy agradable. —Sin perderlos de vista, manipuló breves segundos en el sistema de alarma, terminando—: Las visitas cortas son las más agradables. Y la mía ha sido de lo más agradable que se puede desear, en gracia a su brevedad. Lamento no disponer de más tiempo, profesor, para admirar la hermosura de su hija, pero me reclaman obligaciones ineludibles. ¡Adiós!

No pudo ver el desconocido, al volver la espalda, la enigmática sonrisa que flotaba en los labios de Loretta, de lo contrario es muy probable que hubiera alargado su visita. Pero, sin preocuparse más del asunto, cerró, bloqueando luego el pomo para que los ocupantes de aquel departamento no pudieran pedir socorro.

CAPÍTULO II

Sufrió un estremecimiento, leve, pero claramente perceptible la astronave cuando, tras su larguísimo viaje, penetró.....en el interior de un sistema solar, compuesto de una estrella central, nueve planetas, treinta satélites y numerosísimos asteroides, y uno de sus ocupantes, el llamado Novak, que era quien la conducía en, aquellos momentos, exclamó con acentos de satisfacción:

—¡Al fin! Muy poco tiempo nos separa ya del planeta elegido como nuestra segunda patria y tu nuevo reino, Trytha. Este pequeño balanceo que ha padecido nuestra nave indica que ya sufrimos los efectos de la atracción de la estrella que es el centro de este sistema.

—¿Cuánto crees, Novak, que tardaremos en llegar a ese mundo? —inquirió Trytha, con su voz suavemente pastosa.

El interpelado pareció meditar unos instantes, para contestar al fin:

—Muy poco. Apenas una milésima parte del tiempo que hemos tardado desde la última estrella a los confines de la galaxia.

Pero, cuando a pocos centenares de kilómetros de distancia del punto de destino, los poderosos aparatos de captación de imágenes de que iba provista la astronave, dieron a sus ocupantes la idea exacta de las condiciones de vida del planeta, la decepción que sufrieron éstos no pude ser mayor.

—¿Y ese es el mundo que tú nos has buscado, Novak? —interrogó acremente Zoral, prosiguiendo—: ¿A esa basura de los espacios llamas planeta habitado?

Novak se volvió en sil asiento, mirando con calma a su interlocutor.

—¿Quieres decirme qué es lo que hubieras hecho tú, si en vez de hablar tanto, hubieras obrado en un sentido más práctico? Sí. Es cierto que a juzgar por lo que podemos apreciar desde aquí, la gente de ese globo vive atrasadísima, pero ¿me es lícito preguntar cuál es el papel que vamos a desempeñar nosotros?

—Novak tiene razón, Zoral —dijo Trytha terciando en la conversación, procurando que ésta no se agriara más todavía—. Nuestros conocimientos, tan solamente con los que atesoramos en la mente, son fabulosos y, por otra parte, llevamos algo precioso con nosotros y que nos ayudará poderosamente, no solamente en la tarea de enseñar a esos seres, sino a sojuzgarlos, para mi reino, posteriormente. Y, como colofón, os agradeceré concluyáis de una vez con vuestras disputas.

Callaron ambos hombres, en tanto que el primero volvía a su tarea en los mandos de la nave, mas, cuando ya habían pasado del vacío sideral, a la atmósfera de aquel mundo, Zoral hizo algo inesperado.

Faltaban muy pocos kilómetros para concluir aquel viaje que pareciera interminable. Ya los detalles de la superficie de globo se divisaban a simple vista, apreciándose grandes manchas verdes que indicaban la existencia de enormes zonas boscosas, y la astronave había reducido tremendamente su velocidad hasta parecer quieta en comparación con la que había desarrollado hasta entonces, cuando, imprevistamente, sin que tanto la mujer como Novak pudieran preverlo, Zoral sacó de

uno de los pliegues de su flotante traje algo que centelleó una décima de segundo y que se hundió en la espalda de Novak, inclinado sobre los mandos del aparato, quien hizo apenas un convulsivo movimiento, sin un grito, para inmovilizarse repentinamente, en tanto que de la ancha herida brotaba un arroyo de sangre.

Trytha dio un grito de espanto al ver la criminal acción de Zoral, quien, enarbolando el cuchillo, cuya punta goteaba rojo líquido, se abalanzó sobre la mujer, la que se aferró con ambas manos a la muñeca armada, tratando de contener aquel mortal peligro.

Desesperadamente luchó ella por su vida, en tanto que Zoral, como si hubiera perdido la razón bruscamente, soltando espumarajos de rabia y atroces imprecaciones, trataba de llevar a cabo sus asesinos propósitos.

Perdido el gobierno, la astronave, balanceándose espantosamente, dejando tras sí una estela de anaranjadas llamas, perceptibles a gran distancia, perdiendo altura oblicuamente, cayó a gran velocidad hacía la tierra que se le aproximaba rápidamente.

Pasó rozando las copas de los elevadísimos árboles, que chamuscó inmediatamente, haciendo que de las mismas se elevaran volutas de azulado humo. Crujieron las ramas espantosamente al ser tronchadas por el aparato en su caída que frenó gracias a aquella circunstancia y al fin, con un estrépito tremendo, dejando tras sí un ancho rastro de destrucción e incendio, saliendo a terreno despejado, chocó con el suelo.

Rebotó, elevándose un tanto, provocando espesas nubes de polvo. Arrastróse luego por el suelo, con espantosos saltos, dejándose a veces fragmentos de su metálica estructura, hasta que se detuvo en medio de una intensísima capa de humo y polvo, de la que, al cabo de unos minutos, un hombre, ensangrentado, vacilante, pero vivo todavía, con algo cilíndrico en una de sus manos, salió del destrozado aparato.

Se encaminó a un riachuelo que corría por aquéllas inmediaciones. Se lavó las heridas, aplicándose a continuación algo que restañó las hemorragias al momento. Después, repuesto en parte, al parecer, se perdió en la intrincada selva, no sin que en su rostro se reflejara una sonrisa de satisfacción cuando arrojó una última mirada a la astronave en ruinas que quedaba tras él.

* * *

Kerryck Olligan, provisto de su cámara teleemisora, dotada de objetivo de rayos infrarrojos para hacer más nítidas las imágenes, puesto que la iluminación no era muy brillante en aquél trozo de la Tercera Avenida y la calle 23 Oeste, mascaba furiosamente un trozo de chicle, tensos los nervios ante la espera que se le estaba haciendo interminable.

El bochorno de la tarde había desembocado en una tormenta de gran aparato eléctrico, iluminando los resplandores lívidamente aquel trozo de la ciudad, pero sin que la lluvia hubiera venido a refrescar el ya cargado ambiente, antes aumentando la temperatura hasta el extremo de que el reportero creía hallarse en un horno, notándose las ropas empapadas por su abundante transpiración.

Kerryck, situado en un lugar estratégico, el menos concurrido de aquel cruce, miró por enésima vez la hora en su reloj de pulsera. Todavía faltaba un minuto, un larguísimo e interminable minuto para que su fama se consolidara nuevamente o, por el contrario, se viera formando en las filas de los parados, pues, de fracasar, ahora sí que Hirsch no tendría la menor compasión de él.

Un trueno prolongado rebotó en las paredes de los edificios, al mismo tiempo que un fenomenal relámpago convertía, durante una centésima de segundo, la noche en día. Y apenas había ocurrido esto, cuando una figura apareció en la parte opuesta, llevando algo en su mano mirando a todas partes con precaución, dudando unos segundos antes de atravesar la calle.

Kerryck enfocó hacia él su visor, con objeto de encuadrar la transmisión. Sabía que a aquellas horas habría millones de *videos*[3] aguardando ansiosos el gran espectáculo que Sullivan, el director de programación de la *Yankee & Universal T.V.*, les había estado anunciando toda la tarde.

—No puedo anticipárselo, mis queridos videntes, porque sería echar a perder el asunto. Sí sé que durante días y días se hablará de él y que ustedes, señoras y caballeros, podrán ufanarse de haber sido los felices mortales que tuvieron la dicha de presenciar… ¿Qué? ¡Ah! Eso lo sabrán ustedes a las ocho de la noche en punto. No lo olviden, como tampoco, después de haberlo presenciado, una ducha que les calmará los nervios, que no será una ducha completa sin el jabón…

Había que reconocer que el tal Sullivan era un zorro para los negocios. Al mismo tiempo que aumentaba el prestigio de su emisora, la sesión le salía no solamente gratis, sino que todavía ganaría dinero. Bien, se

dijo Kerryck. Parte de aquel dinero iría a parar a su exhausto bolsillo, pero dejó a un lado aquellos pensamientos para concentrarse en la emisión.

Pegó los labios al micrófono y, en voz baja, pero que sabía sería perfectamente audible para los *videos*, comenzó a hablar:

—Queridos espectadores. Pocas veces, ninguna, por hablar con propiedad, habrán sido ustedes testigos presenciales de un asesinato, Les habla Kerryck Olligan, enviado especial del *New-York Sideral News* y de la *Yankee & Universal T.V.*, presentándoles a ustedes a *Ojos Negros* Dickson, el conocidísimo rey del hampa que esta noche, según una confidencia que he tenido, va a ser borrado del mundo de los vivos. Dickson ha sido siempre una anguila que ha sabido escurrirse de las mallas de la justicia, pero dudo mucho que en esta ocasión sepa escapar a la justicia que, evidentemente, y aunque no fuera de la manera que nosotros desearíamos, alguien va a hacer cumplir en él. Vean ustedes al temible forajido, dudando si atravesar la calle, casi desierta en estos momentos, llevando en su mano izquierda algo que parece un maletín, y la derecha metida dentro de la americana, seguramente engarfiados sus dedos alrededor de la culata de su revólver, girando sus ojos en todas direcciones... Me gustaría, saber qué es lo que lleva en la mano, como así el punto al que se dirige, pero es claro que mi confidente ha hecho bastante con averiguar la hora de la “liquidación”, que no es poco... ¡Atención!

Hubo una brevísima pausa, de apenas un segundo de duración, y entonces, Kerryck, sin darse cuenta de que alzaba un tanto la voz —provocó un gruñido del técnico de sonido de la emisora de T.V., que hubo de reducir el volumen—, prosiguió su excitante relato que, en las breves frases que acababa de pronunciar, había interesado enormemente a los millones de neoyorkinos que se hallaban alrededor de sus receptores, conteniendo el aliento, viendo con toda claridad la escena como si, además de ser de día, se hallaran asomados a una ventana de un edificio de los que se encontraban próximos al lugar del suceso.

—¡Atención! Un coche negro se acerca a toda velocidad. Desciende por la Tercera Avenida... *Ojos Negros* Dickson se ha dado cuenta de la maniobra y ha vuelto su cabeza... Ya se hallaba a mitad de la travesía, cuando ha echado a correr para ganar un refugio... El automóvil sigue ganando en velocidad... Si ustedes se fijan atentamente verán salir de una de sus ventanillas el cañón de una pistola ametralladora... ¡Dickson ya está ganando la acera! ¡Se vuelve! ¡Saca la pistola de su funda axilar! ¡Cielos! Más que pistola parece una pieza de artillería...

Durante un par de segundos, Kerryck calló, subyugado, a su pesar, por la importancia de la escena, y, viendo que en cualquier momento iban a empezar los tiros, se echó al suelo, movimiento que apreciaron con toda claridad los *videos*, puesto que súbitamente vieron ascender el suelo.

—Ahora suena el tableteo de la ametralladora... Parece una máquina de coser... Los fogonazos se suceden ininterrumpidamente... Silban las balas... Gimen agudísimamente al rebotar en el asfalto y en los muros de los edificios... ¡DICKSON HA CAÍDO ATRAVESADO POR CIEN PROYECTILES...! ¡Ha muerto.,..! Pero no... Véanlo. Cubierto de sangre, con una roja máscara en el rostro, con el cuerpo hecho un colador, todavía tiene fuerzas suficientes para, apoyándose en el codo, encarar el cañón de su pistola hacia el automóvil, cuyo conductor, creyendo haber concluido la faena, acelera la marcha por la Tercera Avenida abajo... ¡Cielos! ¿Qué es esto?

Ahora sí que calló Kerryck, pero los teleespectadores no prestaron atención al hecho de que el locutor hubiera quedado en silencio. La escena les tenía estupefactos.

De la pistola que el agonizante *gangster* sostenía en su mano salió un rayo de luz blanco azulado que se encaminó en derechura al automóvil que ya huía. Pero en lugar de ser cónico, era cilíndrico, de apenas de un par de centímetros de espesor, y pareció atravesar el vehículo de parte a parte, saliendo por el radiador.

Apenas había ocurrido esto, cuando sonó una atronadora explosión. Los depósitos de gasolina se incendiaron, arrojando retorcidas planchas al aire. Cuerpos destrozados volaron proyectados, ardiéndoles las ropas, en tanto que, el chasis del coche, rodando sobre las llantas, pues los neumáticos habían reventado estrepitosamente, cabalgó sobre el bordillo del asfalto, estrellándole con terrible fuerza contra el edificio más próximo, quedando allí consumiéndose y consumiendo los cadáveres de los forajidos que no habían sido despedidos por la explosión.

Kerryck se recobró de la impresión y corrió hacia Dickson. No olvidaba que era un periodista y quería ofrecer a sus teleespectadores el espectáculo de los últimos instantes del bandido.

Enfocó hacia él el visor de la cámara. El objetivo se acomodó instantáneamente a la corta distancia, dándose cuenta el periodista de que Dickson, en sus últimos momentos, quería hablarle.

El espectáculo que ofrecía el *gangster* era horripilante. Acribillado, cubierto de balazos, en medio de un lago de sangre, parecía imposible que un hombre pudiera sobrevivir a tantos disparos y, sin embargo, todavía jadeaba.

Dejó la pistola que había producido tan devastadores efectos al lado y exclamó, en voz tan baja que solamente la pudo escuchar Kerryck:

—¡El… el ma… maletín…! ¡Ti… tiene… algo que… que es… la solución del… del enigma de…!

Una bocanada de sangre ahogó las últimas palabras de Dickson, quien inclinó la cabeza a un lado, quedándose inmóvil, abiertos sus ojos, que a fuerza de parecer hechos de carbón habían motivado el apodo, al mismo tiempo que el aullido de una sirena policíaca se escuchaba a lo lejos, aumentando de tono a medida qué el coche se acercaba.

Kerryck tomó el maletín, extrañándose de su peso, demasiado en comparación con el relativamente escaso volumen. Murmuró unas palabras por el micrófono:

—Cerramos la retransmisión, porque la policía se está acercando y a este locutor no le interesa ser interrogado, aunque no le queda la menor duda de que dentro de escasas horas se hallará sufriendo numerosas molestias, pero que serán bien empleadas por haber conseguido para ustedes una visión directa del suceso más sensacional de estos días.

Se inclinó tomando aquella rara pistola, echándosela al bolsillo. Luego, moviendo alternativa y velozmente sus piernas, echó a correr alejándose de aquellos lugares, en tanto que el alarido de las sirenas alcanzaba su punto culminante.

* * *

Si el misterioso desconocido que robó el maletín del profesor Myers hubiera visto la pálida sonrisa que iluminó el rostro de la atractiva muchacha, seguramente no se hubiera marchado sin antes aclarar la causa de una sonrisa a todas luces extemporánea en tales circunstancias.

Pero así que el atracador volvió la espalda, el profesor soltó una serie de pintorescas interjecciones, que demostraban bien a las claras, tanto la decepción como la ira que se posesionaban de su ánimo.

Se fue hacia la puerta con ánimo de derribarla si era preciso, para salir de allí, pero su hija le detuvo:

—No, papá, no hagas eso.

—¡Déjame, muchacha! ¡El fruto de largos años de labor evaporado en un instante! Aunque sea con la cabeza abriré esta…

Loretta se puso frente a su padre, contemplando con hondo cariño las canas del autor de sus días, y sonrió complacida, iluminándose su atractivo rostro.

—Papá, papá —dijo—. Eres el prototipo del sabio. Aunque no se te pueda calificar precisamente de distraído, sí puede decirse que solamente vives para tu ciencia. Hay que bajar de vez en cuando de las nubes y poner los pies en la tierra.

—¿Qué quieres decir, Loretta? —el profesor se quitó las gafas, extrañado.

—Que tu hija, a pesar de ser también una enamorada de la ciencia, también está enamorada de lo práctico y que me gustaría estar delante de ese tipo cuando abra el maletín y no vea otra cosa que un par de ladrillos incas de dudosa autenticidad,

—¿Eh…? ¿Cómo? ¿Qué es lo que dice, Loretta, hija? Mira que mi corazón…

—No te pongas encima achaques que no te corresponden, papá. Tu corazón está en magnificas condiciones.

—Pues entonces… ¿qué diablos? ¡Oh, perdón! ¡Loretta, Loretta! O me sacas de este mar de confusiones o me volveré loco.

La muchacha sonrió sin contestarle. Volviéndose alcanzó la rejilla del departamento, tomando un rollo de revistas, del que sacó un cilindro negro, metálico sin brillo, de unos diez centímetros de espesor por unos treinta de longitud, muy pesado. Lo puso en las manos de su padre, satisfecha.

—¡Aquí lo tienes, papá! ¡Menuda broma le hemos gastado al bandido!

—¡Hija! —dijo el anciano con acento admirativo—.¿Cómo se te ha ocurrido hacer esto? ¿Sabes que nos has salvado?

—Tuve la sensación de que alguien intentaría chafarnos la papeleta, y

perdona la expresión, por lo que envolví ese cilindro en las revistas, dejándolas ahí arriba. ¿Qué te parece, profesor?

Pero Myers no contestó nada. Se limitó a abrazar fuertemente a la muchacha.

CAPÍTULO III

Kerryck Olligan estaba sentado en una silla de respaldo en ángulo recto, cayendo sobre él los cegadores destellos de un foco luminoso, que le obligaba a permanecer con los ojos cerrados casi continuamente. El monocorde sonido del refrigerador, de tipo anticuado, llenaba, en los pocos momentos de silencio, aquella reducida estancia ubicada en los sótanos de la Jefatura de Policía neoyorkina y el aparato no conseguía apenas aminorar la elevada temperatura que reinaba allí, por lo que todos los funcionarios policiales se hallaban en mangas de camisa, fumando como energúmenos, escuchando la serie de preguntas que su comisarlo, Herbert J. Tarleton, disparaba incesantemente al flemático reportero.

—¿Por qué no nos avisó usted de que *Ojos Negros* Dickson iba a ser asesinado? —inquiría en aquellos momentos el comisario.

Kerryck se encogió desdeñosamente de hombros.

—¿Acaso me paga usted el sueldo mensual? ¿O es el señor Hirsch el que se cuida de subvenir a mis necesidades materiales?

Procurando armarse de paciencia, ya que la cosa duraba desde hacia unas cuantas horas, desde el momento en que Kerryck fuera capturado, el comisarlo continuó:

—Ya lo sé, Olligan. Nosotros no le pagamos, pero podemos, si usted se niega a ayudarnos, estropearle el modo de pagar los huevos con jamón con billetes de Banco.

—¿Sí? —murmuró el periodista cortésmente—. ¿De qué modo?

—Hay un medio muy sencillo —insinuó Tarleton—. Retirarle la tarjeta de prensa.

Olligan se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué? ¿Usted cree que después de lo que ha ocurrido esta noche me van a dejar morir de hambre ni el señor Hirsch ni el señor Sullivan?

Tarleton soltó una risita irónica.

—Ya lo sé que no. Pero apuesto doble contra sencillo a que usted se moriría de aburrimiento antes de dos meses, enmoheciéndose en una oficina sin poder salir a la calle en busca de noticias. Vamos y sea bueno. Demos por supuesto que no nos avisó usted porque, naturalmente, buscaba, además del sensacionalismo para su periódico y para la emisora de T.V., un substancioso aumento de sueldo...

—¡Qué sagaz es usted, Tarleton! No me extraña que, en su Cuerpo, haya llegado donde se encuentra actualmente. ¿Qué más?

El rostro del policía se congestionó, no tanto por la mordaz observación de Kerryck, como por las risitas contenidas que escuchó a su espalda y que acalló instantáneamente por el sencillo procedimiento de volver un tanto la cabeza y lanzar una furibunda mirada. Mas, procurando calmarse, retornó a la carga:

—Bien, bien, dejemos esto a un lado, Olligan, y ¡por el amor de Dios!, díganos quién le soltó la confidencia. Admitimos, aquí para *inter nos*, que Dickson está muerto y bien muerto y que nos ha ahorrado infinidad de quebraderos de cabeza, así como el pasar por la vergüenza de tener que detenerlo y que un leguleyo experto lo sacara con un mandamiento de *habeas corpus*, alegando falta de pruebas, a la media hora de haber liquidado un enemigo; pero, por lo que más quiera en este mundo, que sospecho son los dólares, díganos quién fue su soplón.

El gesto de Kerryck no pudo ser más natural.

—Pero si ya estoy harto de decirlo, comisario. Si no le vi el rostro cuando comunicó por medio del visoteléfono. Se lo tapaba con un periódico en el cual había dejado solamente un agujerito para comprobar si era yo quien estaba al otro lado de la línea.

De nuevo el rostro de Tarleton volvió a parecer la cáscara de una langosta cocida.

—¡No me diga estupideces, Olligan! ¡No le creo...!

—No me cree, ¿eh? ¿Por qué no recurre al detector telepático? Así saldrá usted de apuros y verá como digo la verdad, toda la verdad…

—...y nada más que la verdad —cortó airado el policía, volviéndose y ordenando—: Mike, di que venga el doctor Marquie con el detector. Le juro, Olligan, que como me haya engañado...

—Comisario, comisario, no jure que es pecado. Mi alma está pura y diáfana, horra de[4] toda mentira.

—Su alma es tan negra que la de Satanás, por contraste, parece la cúspide del Everest. Ahora saldremos de dudas, y me parece que voy a disfrutar una enormidad viéndole dirigirse hacia la Oficina de Colocaciones.

—Veremos quién es el que la goza más, comisario. Me parece que el Jefe de Policía le va a pedir la dimisión, si no averigua, no quiénes fueron los asesinos de *Ojos Negros*, sino el que instigó su muerte, así como los motivos de ésta.

Pero no pudieron seguir conversando. El doctor Marquie, seguido por un par de ayudantes, apareció con un par de pesadas cajas, que fueron abiertas en seguida. Una serie de extraños instrumentos aparecieron y luego el doctor, tomando un pequeño cilindro de vidrio con un remate parecido al de las llaves de los balones de oxígeno, se acercó a Kerryck, que sonreía imperturbablemente.

—¿Puedo fumar? —preguntó y, sin esperar el asentimiento del policía ni del médico, encendió un cigarrillo, notando un vivísimo frío en las sienes que quedaron de esta forma anestesiadas, para no sentir el pinchazo de las agujas que había en la parte interior de un casco metálico, brillante, pulido, que le fue aplicado a la cabeza, y del que partían sendos cables que terminaban en una caja. Una pequeña palanquita sobresalía de uno de los costados de la semiesfera que sostenía tranquilamente el periodista, y el doctor Marquie la movió, observando a continuación las oscilaciones de la aguja indicadora de un círculo graduado que había en la caja en la que concluían los hilos. Y cuando la aguja se detuvo, el doctor miró al comisario y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Tarleton volvió a repetir todas las preguntas una por una, contestando Kerryck sencilla y lacónicamente, sin ironías de ninguna clase en esta ocasión. El policía dio por terminado el interrogatorio y los ayudantes del doctor quitaron el casco de la cabeza de Kerryck, aplicándole inmediatamente dos pequeños parches de tafetán, con objeto de

restañar las pequeñas gotitas de sangre que habían brotado allí donde se aplicaran las puntas de contacto del detector.

Cinco minutos más fueron necesarios, cinco minutos durante los cuales el comisario se paseó de arriba abajo en el sótano, como una fiera enjaulada, hasta que al fin el doctor Marquie le anunció:

—Cuando usted quiera, señor Tarleton.

—¡Uf! ¡Menos mal! Veamos si es verdad lo que este pájaro... ¡Apaguen las luces! —ordenó perentoriamente.

Un rayo de luz rasgó la oscuridad, disparándose hacia un rectángulo de lienzo blanco, en el que inmediatamente comenzaron a aparecerías escenas correspondientes a las preguntas hechas al reportero, reflejándose estrictamente todo lo que éste sabía, viéndose de nuevo, como extraído de su memoria, el diminuto recuadro de la pantallita del visoteléfono, en el qué se divisaba el periódico ocultando la faz del confidente así como las palabras de éste, reproducidas exactamente.

—¡Corten! —gritó Tarleton, malhumorado, sabiendo que Kerryck había dicho la verdad, gruñendo acto seguido—: Mike, tome este trasto y váyase al departamento de registro de voces de maleantes. Mire a ver si la de este fulano está grabada. Es el único recurso que nos queda.

—Sí, jefe —murmuró el agente, obedeciendo al instante y llevándose el proyector, secundado por uno de los ayudantes del doctor.

—¿Puedo irme ya? —preguntó amablemente Olligan,

—¡No! Quiero saber primero quién es el confidente.

—Bien, ¿y qué tengo yo que ver con eso? —objetó el *repórter*, y el policía iba a soltarle un exabrupto, cuando de repente se oyeron voces en la escalera, voces airadas que fueron seguidas de la irrupción de Samuel Hirsch, seguido por un individuo cuya profesión de abogado se adivinaba al primer golpe de vista.

—¿Qué hace usted, comisario, reteniendo a mi empleado? —gritó el director del diario, agitando al mismo tiempo un papel doblado —. Tome, aquí tiene un mandamiento judicial para dejar en libertad a Kerryck Olligan...

—No se excite, patrón —dijo suavemente éste—. El señor Tarleton acababa de decirme hace un segundo que ya podía marcharme. Lo que

ha ocurrido es que no le hemos dado tiempo, ¿verdad, comisario?

Cerró Tarleton los labios, conteniéndose por no soltar una retahíla de tacos, agitando la cabeza de arriba abajo, y Kerryck, con toda desfachatez, tomó su americana y su sombrero, al mismo tiempo que pasaba burlonamente por delante de los policías.

Una hora más tarde, en el propio domicilio del periodista, saboreando con su director sendos vasos de licor, en los que tintineaba agradablemente el hielo, Kerryck soltó una carcajada.

—¿Qué diablos le pasa ahora, Olligan? —rezongó su jefe.

—Nada, señor Hirsch. Nada. Solamente me río de lo zoquetes que son los policías de esta ciudad. Y, a propósito, ¿qué hay de mi aumento de sueldo?

—Deje usted ahora eso, Kerryck. ¿Por qué son unos zoquetes los policías?

—Bueno, concretando, dejemos el calificativo solamente para el comisario. Detuvo el interrogatorio apenas mencionó sus deseos de saber el nombre del confidente. Si hubiera seguido adelanté... Pero, claro, ¿qué necesidad tenía de ello? Vio, como usted, como toda la ciudad, la escena del asesinato de Dickson y con ello tuvo suficiente. No siguió adelante, porque de haberlo hecho, me hubiera sacado los motivos por los cuales el *gangster* fue convertido en una estatua de plomo.

—¿Qué...? ¿Cómo has dicho? —saltó Hirsch en su asiento—. ¿Acaso...?

Kerryck inclinó afirmativamente la cabeza.

—Levántese, jefe. Los motivos están debajo de usted, en el diván.

El director del periódico se puso en pie como picado por una cobra, mirando con aprensión el lugar que acababa de abandonar. Kerryck echó a un lado los cojines, dejando ver el mullido tapizado original que echó a un lado, tras haber oprimido un botón que liberó un resorte.

—¡Demonios! —renegó Hirsch—. ¿Por qué...? ¿Qué estás haciendo?

—Querido jefe —sonrió Kerryck—: en algunas ocasiones he tenido que guardar documentos comprometedores que garantizaban la

autenticidad de mis reportajes y hasta ahora no he conocido mejor caja de caudales que ésta. Fíjese, el arma con la cual Dickson voló el coche, y el maletín que me entregó con las ansias de la muerte. Me dijo que aquí estaba el enigma.

—¿El enigma? Explíquese, Olligan.

—Eso quisiera yo —suspiró melancólicamente el reportero, abriendo el maletín, dejando ver en su interior un cilindro negro, metálico, mate, de diez centímetros de grosor por unos veinticinco o treinta de longitud. Lo sacó, entregándoselo a Hirsch.

—Ahí tiene el enigma, patrón. Ábralo. Solamente se necesita desenroscar un poco.

Obedeció asombradísimo, estupefacto, no creyendo en lo que veía y tocaba, Hirsch, quitando la tapa ligeramente curva, y sacando del interior del cilindro un carrete de hilo metálico que ocupaba todo el interior del recipiente. Y apenas lo había hecho, cuando soltó una exclamación de asombro.

Habla varias razones para asombrarse. Una de ellas era la extremada pesadez del carrete, que Hirsch: calculó en treinta kilos al menos, a pesar de sus relativamente reducidas dimensiones. Otro motivo de extrañeza era el intenso brillo del hilo metálico que, más que brillar, parecía fosforescer áureamente, llenando con sus resplandores la estancia, haciendo que las luces parecieran mortecinas y sin brillo. Y el último motivo, finalmente, era la increíble delgadez del hilo, apenas de una décima de milímetro, tan delgado que más parecía el producto de la segregación del abdomen de algún arácnido.

—¿Qué diablos es esto, Kerryck? —inquirió, sin salir de su estupefacción, Hirsch.

El periodista se encogió de hombros.

—En España creo que dicen algo así como “averígüelo Vargas”. El caso es que yo no lo sé, pero me supongo que en este carrete debe haber algo grabado. Sonidos o bien imágenes, o quizá las dos cosas a la vez.

Samuel Hirsch contempló pensativamente el pesado carrete, para aliviarse de cuya carga lo había dejado en el diván, teniendo entre dos de sus gordezuelos dedos el extremo del dorado hilo que, de no haber sido por aquella especie de luminosidad natural, no hubiera sido perceptible sino en grandes masas, como la que tenía frente a sí. Probó

a romperlo, sin el menor resultado. El hilo resistió todos sus esfuerzos, antes bien, hubo de soltarlo con una imprecación de dolor, cuando se le hundió en la carne y le hizo brotar unas gotas de sangre.

—No conseguirá nada, patrón —dijo Kerryck plácidamente, encendiendo un cigarrillo—. Ese hilo debe estar destinado a un aparato de reproducción de una clase que ignoramos. Ahí está toda la clave, el enigma de que me habló Dickson en sus últimos momentos.

—Y que debe ser algo de excepcional importancia —comentó Hirsch—. *Ojos Negros* no se embarcaba en un asunto que no le diera dólares en abundancia. Aquí debe haber algo muy gordo encerrado.

—Eso me temo yo —dijo éste—. Un mensaje cualquiera, una filmación de unos acontecimientos, apenas mediría cinco, diez kilómetros de cable a lo sumo. Pero, si se fija en la calidad de éste, que parece de oro, y en la desmesurada longitud que debe tener, comprenderá fácilmente que aquí hay algún secreto por el que alguien pagaría su peso en uranio, Hirsch. ¡Y ya es pagar! —sonrió irónicamente el reportero al decir estas palabras.

Pero Hirsch no hizo caso de la ironía que en otra ocasión le hubiera levantado ronchas en la piel. Y no le hizo caso porque se había convertido en una estatua, rígido, paralizado, con el extremo del hilo entre su índice y su pulgar, mirando hacia la puerta de la estancia, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Kerryck volvió los suyos en aquella dirección y soltó un enérgico reniego.

Un hombre se hallaba parado frente a ellos. Un hombre, vestido con un largo impermeable que le llegaba casi hasta los tobillos, chorreando agua, pero de cuyo rostro no eran visibles apenas más que los dientes, fulgiendo contra el atezado tono de su tez, en la sonrisa de satisfacción que distendió sus facciones, al mismo tiempo que hablaba:

—Ha sido usted muy listo, señor Olligan. Considerablemente listo. Pero no tanto como yo. Dickson no pudo llevar a buen fin sus propósitos y usted, inconscientemente, transmitiendo el atentado que terminó con su vida, me ha facilitado la posesión del carrete.

—¿Está usted seguro de que se lo va a llevar? —interrogó Kerryck, agitando ostensiblemente su mano derecha, en la cual tenia aún, puesto que no lo había soltado, el extraño revólver que usara el forajido muerto.

—¡Naturalmente! ¿Cree usted que he venido solamente por el placer de conocerles? ¡Vamos, deme el carrete, señor Hirsch! Me disgustarla privar al periodismo de uno de sus más relevantes miembros.

El director del periódico miró angustiado a su subordinado y éste sonrió, como queriendo tranquilizarle.

—Usted vio perfectamente cómo Dickson fulminaba a los ocupantes del automóvil, con un solo disparo de su pistola. ¿Quiere que le haga una nueva demostración? —al decir estas palabras encaró la boca del arma hacia el desconocido que sonrió despectivamente, sin pronunciar otra palabra.

Kerryck se enfureció y apretó el gatillo. Un dardo de luz cruzó el espacio que se hallaba entre él y el recién llegado, mas, ante su infinito, inconmensurable asombro, no ocurrió lo que temía. No se volatilizó, ni desapareció convertido en humo. Continuó sonriendo imperturbablemente y movió su mano derecha, sacándola del bolsillo de su impermeable, en la que los dos periodistas pudieron ver un objeto metálico, reluciente, pero cuya forma no pudieron determinar, porque el asombro más infinito les paralizó.

Kerryck había oído hablar de que, en el espacio vacío, fuera de la atmósfera, la luz se curva cuando pasa cerca de algún astro y es atraída por éste. Siempre le pareció una fantasía de los físicos y astrónomos, pero ahora vio claramente cómo aquel rayo blanco azulado que había salido de la boca de su pistola se despegaba del cuerpo del incógnito visitante que continuaba sonriendo imperturbablemente y, girando en un ángulo de 180°, se dirigía al cuerpo de Hirsch, quien, lanzando un aullido, se desplomó al suelo, completamente inconsciente.

Kerryck soltó el índice del gatillo, mas ya era tarde. El rayo lumínico tocó su cuerpo, sintió un calor abrasador, y no vio más, porque se sumió en un rojo abismo, en el que danzaban frenéticas las llamas de una colosal hoguera.

* * *

El doctor Archer T. E. Lawrence tocó un timbre y, al instante, en una diminuta pantalla televisora, apareció el hermoso rostro de una mujer.

—¿Quiere venir un momento, por favor, señora Century?

—Al instante, doctor —contestó la melodiosa voz de su secretaria.

Un instante después, el eminente sabio contemplaba la elástica imagen de la mujer, atravesando el espacio que había entre la puerta de su despacho y la mesa, tras la cual se hallaba parapetado.

Por enésima vez desde que Alma Century, hacía ya de ello diez años largos, entrara a su servicio, el doctor Lawrence contempló la mujer que, no solamente era su secretaria, pero su más eficiente colaboradora, y gracias a la cual había salido, en más de una ocasión, del atasco en que se había metido, gracias a sus estudios, atasco que luego le había proporcionado aún más fama en su especialidad, la electrónica, haciendo que fuera prácticamente el hombre que más sabía del Globo terrestre en dicha rama científica.

—¿Doctor...?

Lawrence, una vez más, se sintió subyugado por él indefinible encanto que emanaba de la pastosa voz de Alma Century, y hubo de carraspear para disimular la turbación que se habla apoderado de él»

—¡Ejem...! ¿Ha... han venido el profesor Myers y su hija?

La pregunta, más que innecesaria, era estúpida. De haberse presentado los visitantes que esperaba, lo hubiera sabido a los treinta segundos. Alma sonrió y la habitación pareció llenarse de luz y el corazón del doctor de música.

—No, doctor Lawrence. No creo, sin embargo, que tarden mucho.

—Bien... El caso es... ¿Terminó usted de sacar ya en limpio aquellos apuntes?

—Sí, doctor. Los tengo mimeografiados y además grabados en cinta magnetofónica.

—Gracias —el profesor se interrumpió, no sabiendo cómo seguir, hasta que pareció decidirse—. Mire, Alma, usted y yo llevamos bastante tiempo juntos y...

La secretaria sonrió indefiniblemente, como adivinando la proposición del sabio.

—Es…, ha sido la mejor época de mi vida, doctor. Desde que vine, aquí, al poco tiempo de morir mi esposo, no había vuelto a encontrar otra paz que pudiera compararse a la que he disfrutado en su servido.

—Gracias, Alma, ¡perdón!, señora Century. Yo... Yo... quería decirle...

decirle… —y el doctor, lanzándose en picado, salió de detrás de su parapeto, tomando entre las suyas la mano de la mujer, mas en aquel mismo momento sonó el zumbador de la puerta.

—Ahí están el profesor Myers y su hija, doctor —sonrió Alma, soltándose de la presión de las manos de Lawrence, yéndose hacia la puerta y dejando tras sí un sabio sumido en la mayor de las decepciones.

CAPÍTULO IV

—¿Cree usted, profesor Myers, que su tesis es demostrable? —inquirió el doctor Lawrence, después de los saludos de rigor, sentados todos en cómodos butacones.

—Mi tesis será demostrable con su ayuda, doctor Lawrence. Espero que lo que hoy es una teoría, sea algún día una espléndida realidad —contestó firmemente el primero, ante las miradas atentas de su hija y de Alma Century, quien tenía al lado el pequeño aparato en el que se iba grabando la conversación.

—¿Mi ayuda? —murmuró extrañado Lawrence—. No sé qué relación puede tener un técnico en electrónica con la arqueología. Si es cierto que existió en nuestro planeta una hipercivilización en épocas remotísimas, no es menos cierto que hasta ahora no se ha obtenido la menor prueba de ello. Todo han sido conjeturas y suposiciones que, a decir verdad, han partido únicamente de usted, profesor.

—Muy cierto —replicó éste—. Solamente a mí se me ha ocurrido tal suposición, que no es otra cosa que el presentimiento, basado en datos incuestionables, de que hace miles de años existió en nuestro mundo una civilización poderosísima, infinitamente superior en conocimientos científicos a cuantos hoy conocemos. Le daré una muestra de ello, doctor.

Harold Myers se detuvo un instante para tomar un sorbo de la helada bebida que la señora Century les había servido al llegar, y pudo darse cuenta de la atención que prestaban a sus palabras tanto el doctor como su secretaria.

—Esa civilización llegó hasta tal extremo que conoció no solamente la desintegración nuclear, sino el medio de utilizar la luz como elemento propulsor de sus astronaves, haciéndolas que alcanzaran velocidades del orden de los trescientos mil kilómetros por hora. Si un superviviente de aquella raza de súper-genios alzara hoy la cabeza, quedaría atónito al ver cuán poco hemos progresado en los veinte o treinta mil años que nos separan de su época. Nuestro mayor avance en la astronáutica ha sido llegar a la Luna. Ellos conocieron el espacio exterior a nuestro sistema, amén de otra clase de conocimientos que nos asombrarían si supiéramos utilizarlos. Su sabiduría fue, prácticamente, infinita y al lado de cualquiera de los seres, varón o hembra, indistintamente, de aquella época, nosotros semejaríamos infantes en sus primeros balbuceos del lenguaje hablado.

—¡Caramba! —exclamó Lawrence—. Sí que es interesante lo que usted está diciendo. Pero hay una cosa que encuentro un poco extraña. De todas las civilizaciones de la antigüedad terrestre, poco o mucho, y eso usted mejor que nadie lo sabe, se han hallado rastros que han permitido establecer con gran aproximación, no solamente su historia, sino también el grado de cultura a que habían llegado aquellos hombres. Aunque no es mi especialidad, tenemos bastantes conocimientos acerca de los fenicios, de los asirios, de los egipcios, éstos en el Viejo Mundo, y en éste en que nos encontramos, de los aztecas y de los incas. Pero, la verdad es que nunca oí hablar de una civilización que superara en edad a las que acabo de mencionar. ¿Cómo explicarla usted eso, profesor?

El interpelado sonrió benignamente.

—Esto que le voy a decir ya es más hipotético que lo anterior, mas creo que con el tiempo tendrá fácil demostración. Usted recordará, de sus lecturas, que entre Marte y Júpiter existe lo que se llama “el cinturón de los asteroides”, y que éstos, según es la general creencia, proceden de la explosión de un planeta que se hallaba en la órbita media que hoy ocupan esos cuerpos celestes, ¿no es así, doctor?

—Efectivamente, pero no comprendo...

—Lo entenderá usted dentro de un instante. Como consecuencia de aquella explosión las condiciones de habitabilidad de la Tierra sufrieron un rudo golpe, tan rudo que me atrevo a asegurar que la existencia humana quedó, si no extinguida, reducida a tan ínfimas proporciones, que apenas quedaron unos cuantos seres esparcidos en la inmensidad del planeta. Tal fue el cataclismo que conmovió el globo, que su eje vertical, alrededor del cual giramos, sufrió un

cambio brusco que produjo catástrofes de las cuales hoy no tenemos la menor idea y una de las cuales fue el desplazamiento de las zonas polares al lugar en que hoy se encuentran, y que sepultaron lo que entonces eran espacios verdes, cálidos, habitados, los cuales, con el tiempo, fundidos los hielos que hasta entonces habían sido polos, se transformaron en, por ejemplo, las selvas amazónicas. Esto le explicará a usted, doctor Lawrence, el que no se haya hallado rastro de aquella pre-civilización que, repito, nos superó enormemente.

Hubo unos momentos de silencio, que al fin fueron rotos por la voz de Lawrence quien, dirigiéndose al profesor Myers, le dijo:

—¿Qué pruebas tiene usted, profesor, para demostrar sus aseveraciones? Me explico claramente que, no queriendo arriesgarse a un posible resbalón que disiparía como el humo su fama, haya venido para celebrar conmigo esta entrevista, mas, la verdad, no le veo el objeto. ¿De qué puedo servirle yo, si nuestras aficiones, nuestras profesiones, son tan dispares?

De nuevo afloró al benigno rostro del profesor su característica sonrisa:

—Usted será quien colabore conmigo en la demostración de mis sueños, que eso han sido hasta ahora mis hipótesis. Usted, doctor Lawrence, el mejor físico electrónico del planeta, ayudándome a descifrar el objeto que traigo como prueba de mis aseveraciones. Por favor, hija, ¿quieres darme ese cilindro?

Loretta entregó a su padre el objeto pedido y éste desenroscó la tapa, sacando un carrete cuyo hilo brillaba esplendorosamente, pareciendo llenar la estancia con la luz que de él emanaba y ante cuya vista, tanto el doctor Lawrence como la señora Century no pudieron evitar una exclamación de asombro.

—¿Qué es ese rollo? —inquirió el primero.

—La prueba de todo cuanto acabo de decir, doctor. Aquí —Harold Myers tomó el extremo del delgadísimo filamento— debe estar contenido, en unos cuantos millares dé kilómetros, todo cuanto aquellos hombres de la primera civilización terrestre sabían. Por eso he venido a verle a usted, doctor. Precisamente porque es la persona que necesito, y la que me construirá la máquina que me traduzca e interprete cuanto hay aquí encerrado. Estoy seguro, si vale la expresión en estos tiempos de escepticismo, el corazón me lo dice, que no solamente está grabado sónicamente, sino en imágenes.

—Es decir —murmuró pensativamente Lawrence— que usted quiere que yo le construya el traductor de lo que hay en ese hilo, ¿no es así?

—Exacto. Nadie, si no es usted, hay capaz en la Tierra de dar cima a la empresa. Quiero decirle, además, que todo el tiempo que pierda en la construcción del aparato le será reembolsado...

—¡Por favor! —el doctor agitó su mano, como rechazando aquellas palabras. Los ojos le brillaban de excitación—. Creo que sí logro encontrar la forma de transformar este hilo en figuras y sonidos, tendré la mejor recompensa a que puedo aspirar. ¡Sería maravilloso! Ver cómo eran, cómo hablaban, cómo pensaban aquellos seres...

El doctor Lawrence se interrumpió súbitamente mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Myers.

—¿Cómo se las arreglará usted para entender su lenguaje, profesor? Éste es un punto realmente importante.

Harold Myers sonrió benévolamente:

—Encuentre usted su aparato y de lo demás me encargaré yo. No conozco lengua que a fuerza de paciencia no consiga ser descifrada. Y ahora, doctor, ya le hemos molestado bastante. Le encomiendo el carrete, con una salvedad.

Le explicó en breves palabras lo que les había pasado en el avión, en el que habían intentado robárselo, terminando:

—Es alto, moreno de tez, de un color que parece bronce fundido y con dientes blanquísimos, No puedo darle más detalles, doctor, porque el ala del sombrero le tapaba los ojos, excepto de que su voz es, aunque agradable, muy profunda, de una extraña limpieza a pesar de lo bajo de su tono. Tenga cuidado, doctor. Creo que ese tipo está decidido a todo, aunque no logro comprender su interés por mi descubrimiento.

—¿Qué le parece, señora Century? —dijo Lawrence cuando se quedaron los dos solos, una vez se hubieron marchado los Myers.

Alma se aproximó lentamente al carrete que refulgía extrañamente sobre el negro cristal de la mesa del despacho, murmurando luego con su melodiosa voz, cuyo timbre tanto agradaba al doctor:

—Creo que se ha echado sobre sus hombros una pesada tarea, doctor,

pero si triunfa, cosa que yo trataré de ayudar con todas las fuerzas de mi inteligencia, su fama se acrecentará más todavía.

—Solamente quisiera triunfar en una cosa, Alma — murmuró el doctor, tomando la mano de la mujer, quien sonrió levemente, soltándose y diciendo:

—Dejemos eso para más adelante, doctor. Sé lo que usted pretende de mí y conozco de sobra sus sentimientos, mas ahora me sería imposible darle una respuesta categórica, tanto en sentido negativo como en sentido favorable. ¿No le parece esperar a saber la solución de este enigma?

—Usted tiene la palabra —suspiró el doctor, agregando—: ¡Al trabajo, Alma! Tenemos días de dura labor por delante.

* * *

Kerryck Olligan se despertó con un formidable dolor de cabeza y una intolerable sensación de ardor en su organismo. Haciendo acopio de sus fuerzas, tambaleándose, se levantó en dirección al cuarto de baño, metiendo la cabeza debajo del agua, al mismo tiempo que manejaba el refrigerador. La frescura del líquido le animó bastante y, a continuación, llenando una jarra, volvió a la habitación en la que todavía se encontraba inanimado, sin conocimiento, su director.

Vertió, sin la menor compasión, el helado líquido en la rubicunda faz de Hirsch, quien, al sentir la frialdad del agua se agitó unos instantes hasta que, quitándose las gotas que medio le velaban la visión, logró sentarse, arrastrándose a continuación hasta un diván, en el que se quedó jadeante, no creyendo todavía verse vivo después de sentir sobre su cuerpo los efectos de aquel rayo de luz que, según había contemplado en la retransmisión, había hecho volar, con la mayor de las facilidades, un automóvil con todos sus ocupantes.

—¿Qué... qué es lo que ha ocurrido, Kerryck? —preguntó cuando al fin logró coordinar sus ideas.

Pero el reportero no le contestó por el momento. Estaba vuelto de espaldas a él, maniobrando en un artefacto del que, al cabo de un par de minutos, salieron dos tazas de café, en cada una de las cuales vertió una generosa dosis de coñac. Entregó una a su jefe, al mismo tiempo que le decía:

—Tome. Este *spanish coffee* es capaz de resucitar a un muerto. Y nosotros, si no lo estamos, es por puro milagro. Todavía no logro explicarme cómo aquel rayo de luz no nos fulminó.

Respingó Hirsch al tomarse, casi de un sorbo, su taza:

—¡Caramba! Pues sí que tenía usted razón. Esta mezcla es un explosivo.

—Por eso lo preparé, patrón. Era lo que nos hacía falta. Pero...

—¿Qué le pasa?

—Estaba pensando. Quizá sea la solución, pero si no es así, no cabe otra. ¿Se dio usted cuenta de que el hombre sacó un objeto que llevaba en el bolsillo del impermeable con el que desvió la trayectoria

del rayo mortífero?

—Sí, pero no entiendo…

—Aquella cajita debía llevar algún mecanismo que devolvió el rayo hacia nosotros, haciéndole perder buena parte de su intensidad. ¿No se dio cuenta del tremendo calor que sintió un segundo antes de perder el conocimiento? Fue algo así como una sacudida eléctrica de poco voltaje. De haber sido disparado hacia nosotros en sentido directo, nos hallaríamos ahora convertidos en dos hermosos pedazos de carbón.

—Bueno, bueno —refunfuñó Hirsch, depositando la taza en una mesita adyacente—. Pero lo que nos interesa ahora es recuperar ese carrete. Y para colmo de males no sabemos quién pueda ser ese desconocido.

—Entre otras cosas, el que pagó a los *gangsters* que mataron a Dickson y que, como todo el mundo, presenció la muerte de éste y la explosión del automóvil. Se habrá enterado de que sobre el cuerpo del forajido no había ningún carrete y, con toda lógica, sabiendo que yo fui el primero que me acerqué al moribundo, ha venido aquí para recuperarlo. ¿Cree usted que, para un tipo de su calaña, le habrá sido muy difícil enterarse de lo que me dijo Dickson?

—¿Cómo puede ser eso, Kerryck? —barbotó, enojado Hirsch—. Yo vi cómo movía los labios, mas no pude escuchar ninguna de las palabras que pronunció.

—Ahí le duele, patrón. Usted le vio mover los labios y el tipo de que nos ocupamos también. Por el mencionado movimiento ha sabido lo poco que me dijo el *gangster* y que versaba sobre el rollo como la solución del enigma.

—¿Y qué enigma es?

Kerryck se encogió de hombros:

—¿Qué sé yo, jefe? Costará mucho adivinarlo, aun teniendo de nuevo el carrete. Cualquiera sabe cómo aplicarlo a una máquina que traduzca en sonidos lo que hay allí grabado.

—Y, ¿cómo va usted a encontrar al hombre si no le conoce?

Ante la objeción de Hirsch, Kerryck sonrió enigmáticamente, yéndose hacia el extremo opuesto a la puerta de entrada. Había un cuadro

pintado sobre vidrio, que giró a un lado merced a un ligero movimiento de la mano del periodista, dejando ver un hueco en el que se veía una cámara fotográfica. Kerryck la sacó, enseñándosela triunfalmente a su patrón:

—¡Aquí está! Aquí tenemos la vera efigie del traidor. Y la suya. Y, naturalmente, la mía también. Esta cámara se dispara automáticamente con la apertura de la puerta. Además, el revelado y positivado es también automático, de modo que ahora mismo tendremos una prueba que me servirá de mucho para hacer unas gestiones.

—¿Có... cómo se le ha ocurrido tener ahí esa cámara, Kerryck?

El reportero sonrió benévolamente:

—¿No se extrañaba usted en alguna ocasión de que le presentase fotografías de personajes a quienes no había medio de retratar? Hay muchas personas que vienen a hacer confidencias al periodista y a las que no les conviene dar a conocer su identidad. Eso era antes de que hiciera las carreras, pero, por costumbre, la máquina ha seguido funcionando y ahora recogemos los frutos de mi previsión. ¿He dicho recogemos, patrón?

Hirsch captó la indirecta:

—Vamos, Kerryck, ¿le saben bien cien dólares más al mes?

—Shyllock, doscientos o mañana por la noche no voy a ver a cierto fulano que conoce a todo el que valga la pena de conocer.

Hirsch alzó las manos:

—Me rindo. Suyos son esos dólares, pero... —extendió su gordezuelo índice hacia su subordinado—. No quiero fracasos. Me pondré un refuerzo de acero en la puntera de mi zapato si me viene usted diciendo que ha perdido el tiempo.

—O. K., jefe. Y ahora, ¿por qué no se larga ya de una vez y me deja dormir en abundancia?

* * *

No tenía muy buena fama entre las autoridades policiales “La Sirena de Venus”, y a este garito se dirigió Kerryck apenas se hizo de noche, fresco, descansado y sin tener en su organismo los menores recuerdos

de la descarga eléctrica que había sufrido la noche anterior. Se acercó al bar pidiendo un whisky y, mientras sorbía la pócima lentamente, paseó su mirada distraídamente por la poco numerosa concurrencia, hasta hallar en un rincón, solitario, ante una botella y un vaso, al hombre que buscaba. Arrojó unas mohedas sobre el mostrador, y llevando la copa en la mano, se acercó a la mesa.

—¡Hola, "Memoria" Stinky! ¿Cómo te va?

El hombrecillo, renegrido, con un párpado caído continuamente sobre el ojo, con barba de tres días y con ropa que pedía a gritos una pasada por la tintorería, gruñó, sin separar la vista de la botella:

—¡Hola, entrometido! Diez dólares para empezar.

—¡Caramba! Parece que me has conocido —sonrió Kerryck, arrojando sobre el sucio mármol dos billetes, que desaparecieron al instante entre las garras del maleante.

—¿Qué es lo que quiere saber, Olligan? —murmuró roncamente, echándose al coleto, de un solo trago, el contenido del vaso y llenándolo de nuevo.

Kerryck no dijo nada, limitándose a arrojar un rectángulo de cartulina sobre la mesa, Junto a la mano derecha de "Memoria" Stinky, llamado así por su fenomenal retentiva. No había persona que hubiera visto una vez que no se le quedara grabada en su mente, y en más de una ocasión la policía habla usado sus servicios.

El confidente tomó la fotografía, pero apenas la había examinado un par de segundos cuando un convulsivo temblor se apoderó de todos sus miembros. Tomó el vaso, como para darse ánimos con la bebida, pero más de la mitad se le derramó por el cuello y la pechera de la camisa.

—¡No! —susurró, aterrorizado por completo, arrojando de nuevo sobre la mesa los dos billetes de cinco dólares que le había entregado el periodista—. ¡No lo conozco! ¡Lo juro! ¡No lo he visto en mi vida! —y pronunciadas estas palabras, con el más abyecto acento de terror, depositó un sucio billete junto a la botella, levantándose y disponiéndose a abandonar el local.

—Creo que te conviene mucho sentarte, "Memoria", y refrescar la ídem. Vamos, habla y sentirás muchos billetes crujientes, nuevecitos, llenar esos bolsillos tan flácidos que ahora tienes.

Stinky miró en todas direcciones con ojos de rata acorralada. Kerryck se dio cuenta de que tenía la frente cubierta de sudor y le apretó de nuevo:

—Anda, Stinky, no seas malo. Toma —le entregó un montón de billetes, suspirando en su interior al pensar en las dificultades que le pondría su patrón para devolvérselos—. Toma, y dime quién es el fulano de la fotografía.

—¡Me… me costará… me costará el pellejo si lo digo, Olligan! —murmuró el maleante, lívido, temblando, todavía, sin que los sucesivos y casi ininterrumpidos tragos hubieran conseguido llevar la paz a su conturbado ánimo.

—No será para tanto, “Memoria”. ¿Quién se va a enterar de que me lo has dicho tú?

—Ese hombre tiene espías por todas partes, Olligan. Se lo juro —dijo Stinky, pasándose la lengua por el labio superior.

—Bien, ¿y qué? ¿Es que esos tipos que hay ahí no me conocen a mí? Saben de sobra que tú me has dado informes en más de una ocasión. No puede extrañarles, por tanto, que tú y yo sostengamos una conversación amistosa sobre los procedimientos de un amigo común para hacerse rico por la vía más rápida y menos fatigosa.

—Olligan, usted va a ser mi ruina, pero si no le apreciara tanto… Bien… ¡Allá va!

Kerryck aguzó los oídos, disponiéndose a recoger las noticias que le iba a brindar el confidente, pero en aquel momento los ojos de éste se abrieron desmesuradamente, al mismo tiempo que se ponía en pie, derribando estrepitosamente la mesa con la botella y los vasos, que retiñeron al fragmentarse en el suelo, en tanto que el aterrorizado “Memoria” gritaba:

—¡No! ¡No…! ¡Por el amor de…!

Kerryck se volvió rápidamente y vio al desconocido que le robara el rollo de hilo metálico en la puerta del bar, empuñando aquel revólver que se hallaba directamente encarado al cuerpo del confidente. Los concurrentes, espantados, habían hecho lo más prudente que cabía hacer en aquellos momentos y se habían arrojado al suelo, por lo que el rayo de luz que brotó del arma alcanzó directamente a Stinky, cortándole el alarido bruscamente y carbonizándole en una décima de segundo. Pero al mismo tiempo, el estallido de un disparo hendió la

atmósfera del local.

Kerryck no había ido desprevenido conociendo la calaña de los asiduos a la “Sirena de Venus”, y una pistola había aparecido en su mano, apenas vio el gesto del hombre de bronce, de cuya boca salió una llamarada.

El desconocido se tambaleó un instante, apuntando con su revólver al periodista, pero antes de que pudiera oprimir nuevamente el gatillo, soltando otro mortífero rayo, Kerryck se le anticipó y ahora la bala atravesó la muñeca del asesino, quien, viéndose perdido, echó a correr, no sin recoger antes el revólver misterioso que se le había caído al recibir el segundo balazo.

Mas no fue la sorpresa de que un automóvil lo esperara y arrancara a toda velocidad, desdeñando todas las leyes del tráfico y haciendo que Kerryck se quedara con un palmo de narices, la que se llevó el periodista, sino que, cuando regresó a la redacción del periódico, esperando el cese, su director le ordenó perentoriamente:

—Vaya a casa del profesor Archer T. E. Lawrence. Acaba de morir y necesito toda la información posible sobre el caso.

—Pero… —objetó débilmente Kerryck.

—Sí, ya sé lo que me va a decir, pero por ahora nos es mucho más interesante ese asesinato que el de Stinky. ¿Comprende?

Olligan se limitó a asentir y dar media vuelta rumbo a la salida del edificio.

CAPÍTULO V

Cuando la policía hubo terminado sus trámites legales e interrogado a todo el mundo, incluidos el profesor Myers y su hija Loretta que habían acudido allí demandados por la señora Century, Kerryck, que ya había transmitido sus impresiones por teléfono al periódico, exclamó:

—Señora Century —la belleza de aquella mujer le impresionaba

enormemente, pero no obstante se sentía atraído por la atractiva estampa de la muchacha, ya que se imaginaba notoriamente inferior, sin que lograse explicarse el por qué, a la que ya era la ex secretaria del doctor Lawrence—. Ahora que la policía se ha marchado, ¿querría usted decirme, con carácter confidencial, desde luego, prometiéndole que sus declaraciones no verán la luz pública, si tiene usted alguna idea, alguna hipótesis sobre los motivos que haya tenido el criminal para asesinar al doctor?

Alma miró al profesor y a su hija, como consultándoles, y luego posó la luz de sus límpidas pupilas en el periodista:

—En realidad... No sé si debo... El caso es que a la policía no le he dicho todo cuanto sé del asunto.

—¡Ah! Eso es muy interesante, señora Century. Según tengo entendido, el doctor era un mago de la electrónica y el profesor Myers le había entregado algo...

—¡Alto ahí! —cortó bruscamente el aludido—. Lo que hablamos el difunto doctor y yo no debe ser del dominio público.

—¿Ni tan siquiera del mío?—sonrió Kerryck,

—Menos todavía. Conozco la raza de los periodistas y sé que venderían su alma al diablo con tal de conseguir una noticia sensacional.

—Eso quiere decir que, además de la muerte de Lawrence, la hay, ¿no es así, profesor? —sonrió apaciblemente Kerryck, mirando fijamente a Loretta, quien al saberse observada, enrojeció visiblemente, lo cual causó un íntimo placer en el periodista.

—¡No la hay! —se sulfuró Myers—. Y le agradeceré que se marche de aquí cuanto antes. Tenemos cosas de que discutir con la señora Century y de las cuales usted no debe estar enterado.

—No, ¿eh? —Kerryck continuaba sonriendo—. ¿Qué me dicen ustedes de este hilo metálico que parece de oro fosforescente?

Ante las asombradas miradas de los tres, el periodista sacó algo de uno de sus bolsillos. Algo que, a simple vista, hubiera parecido un anticuado recuerdo que ya no se estilaba: un mechón de cabellos, pero de oro que brillaba con extrañas tonalidades. Habría, en un reducidísimo espacio, algo así como una veintena de metros, y fue ahora la señora Century la que, sin poderse contener, avanzó, perdido

ligeramente el equilibrio mental, hacia el reportero.

—¿De dónde ha sacado usted eso, señor Olligan? —inquirió, elevando un tanto su pastosa voz.

—Esos policías no ven más allá de sus narices. El profesor lo había separado del carrete y debía encontrarse estudiándolo cuando el asesino le atacó. Cayó debajo de la mesa, y el hombre de bronce no se dio cuenta. Pero yo, sin saber por qué, eché una mirada casual y aguardé a que los agentes se marcharan.

—Un momento —requirió pensativa la señora Century—. Ha mencionado usted un carrete y un hombre de bronce. ¿Qué sabe usted del asunto?

—Luego, ¿es verdad? —preguntó a su vez Kerryck.

Antes de hablar, Alma consultó de nuevo con la mirada al profesor y éste se encogió de hombros:

—Veo que no tenemos otro remedio que confiar en él, señora Century.

—Sí —atajó el reportero—. Confíen en mí y no les defraudaré. No solamente no les defraudaré, sino que les asombraré al decirles que yo he tenido otro carrete idéntico en mi poder.

—¡Que ha tenido un carr…! —exclamó, atónito, Myers—. ¿Cómo ha sido posible tal cosa?

Media hora después Alma, Myers y Loretta se encontraban al corriente de todas las peripecias porque había pasado el periodista, quién, al terminar de hablar, se enteró, por su parte, de las teorías del profesor y de la parte que jugaba en ellas el rollo de filamento sustraído violentamente.

—Lo que no comprendo es por qué hay dos carretes —murmuró Kerryck.

—Y será difícil que lo sepamos, muerto ahora el doctor Lawrence, apenas había comenzado a estudiarlo —comentó amargamente Loretta.

—Un momento, por favor —pidió pausadamente Alma—. Creo que, a pesar de todo, yo puedo hallar la solución en esa docena de metros que, gracias al señor Olligan, hemos conseguido salvar del desastre. Tengo un conocido, experto también en electrónica, de mi entera

confianza, y creo que entre los dos lograremos algo positivo.

—¡Espléndido! —dijo Kerryck, con los ojos brillantemente iluminados —. Es una noticia maravillosa, señora Century. Entretanto y mientras que usted y su amigo trabajan, yo procuraré averiguar la identidad de ese hombre que parece de metal. Le herí de dos disparos y un hombre que tiene la piel agujereada no pasa sin dejar rastro. Indefectiblemente tendrá que curarse y...

—No se moleste, señor Olligan —sonrió tristemente Alma—. Si ese hombre es quien yo temo, y tengo motivos más que fundados para afirmarlo, no necesitará de los servicios de ningún médico. El mismo se curará mil veces mejor que lo haría el más reputado cirujano de los Estados Unidos.

* * *

Los días pasaron lentamente y a ellos se unieron los meses, y en numerosas ocasiones Kerryck frecuentó el domicilio de la señora Century, no tanto por presenciar los trabajos de la misma en el laboratorio que, abierto el testamento de Lawrence se había visto que toda su fortuna pasaba a manos de la hermosísima mujer, como por encontrarse allí con Loretta, quien también acudía con frecuencia. Y una dulce intimidad se estableció entre los dos seres, amistad que hubiera terminado en algo más de no haberles anunciado un día, cuando menos lo esperaban, que el aparato capaz de descifrar lo que había en el hilo ya estaba listo para funcionar.

Así, pues, una mañana del otoño que ya entraba, se reunieron en el laboratorio electrónico el profesor, su hija, Kerryck y la señora Century, con su conocido, a quien habla presentado bajo el nombre de Barney Tempus.

—No podremos ver mucho —exclamó Alma—, pero creo que por lo menos tendremos la clave en nuestras manos y eso será suficiente para comenzar la tarea.

Kerryck se hallaba apoyado en la pared, junto a la puerta del laboratorio, con los brazos cruzados, y oyó la voz de Alma cuando le dijo:

—¿Tiene la bondad de apagar la luz, señor Olligan?

Durante unos segundos la obscuridad más absoluta se hizo en la estancia, obscuridad que fue rota súbitamente por la aparición de un

rayo de luz que iluminó la pantalla, una luz extraña, como nunca había visto Kerryck, blanca, pero al mismo tiempo con millones de extrañas partículas doradas que flotaban en ella y que, lejos de restarle intensidad, la aumentaban, pero sin que su resplandor mortificara lo más mínimo las pupilas. De todas formas, no fue la rara luminosidad lo que más extrañó, sino la figura humana que apareció en el rectángulo y, tanto como ésta, el escenario.

La figura, en su color natural, tal como si en lugar de ser una imagen proyectada fuera una persona asomada a una ventana, era una réplica, en el color de su tez, del misterioso asesino. Incluso sus facciones denotaban, aun para un ignorante, que ambos pertenecían a la misma raza, pero por el contrario, sus vestimentas diferían notablemente. Las de aquel eran corrientes, como pudiera llevarlas cualquier ciudadano de Nueva York. Las del personaje que aparecía en el film, semejaban pertenecer a algún hierofante de un culto misterioso y remoto, ya desaparecido.

—Parece un sacerdote Inca —murmuró el profesor Myers, interpretando el sentir general.

De la misma civilización parecía el fondo de la escena. Una tupida selva, el murmullo de cuyas hojas movidas por la leve brisa que soplaba podía escucharse, tenue, pero con toda claridad, era el fondo de una serie de gigantescas edificaciones de forma ligeramente cúbica, llenas, de la base al remate, de extrañas inscripciones y figuras de animales, entre los cuales predominaban los alados. Mas no acababan ahí los motivos de asombro de los espectadores, de tan original proyección.

—¡Por las barbas del Profeta! —exclamó pintorescamente Kerryck—: ¡Vaya choza! Todas son de oro purísimo. Eso debe valer millones.

—No tiene usted una idea de lo que representan esos edificios — replicó dulcemente Alma—. Están un poco lejos del objetivo de cámara, pero aun así y todo, si se fija usted detenidamente, señor Olligan, verá que también abundan las piedras preciosas, lo cual aumenta enormemente el valor intrínseco, sin contar con lo que significa para la Historia de la Arqueología y, en consecuencia, de la de nuestro mundo.

—¡Fiuuu…! —silbó, hecho un taco, de pura admiración el periodista, mas inmediatamente concentró toda su atención en la pantalla.

El misterioso personaje, cuya larguísima ropa parecía de oro,

sembrada de gemas, rematada su cabeza por una extraña tiara del mismo metal, deslumbrante de mil reflejos a causa de los rubíes y esmeraldas que la constelaban literalmente, sonrió levemente al acercarse al foco. Kerryck pudo darse cuenta que un collar, rígido, también del mismo metal, le pendía del cuello hasta el pecho, rematado por un pájaro que supuso sería, sus rudimentos de arqueología se lo dijeron, el cóndor "tótem" de los incas. Los brazos del personaje, desnudos a partir del hombro, también se hallaban cubiertos de pesados brazaletes hechos unas joyas a fuerza de oro y piedras preciosas, y del cinturón, que complementaba a aquéllos, pendía una espada ancha, pesada, que el periodista pensó serla el arma de ritual para los sacrificios humanos que los sacerdotes de aquella religión ya extinguida solían ofrecer a sus dioses tutelares.

Cruzó los brazos sobre el pecho el hombre, haciendo una leve inclinación de cabeza. Comenzó a hablar en un idioma desconocido, en el que ninguno de los presentes supo reconocer sus inflexiones y permaneció así durante unos cinco minutos. Su voz era suave, agradable y Kerryck se dijo que de conocer el idioma, sería fácil de entender a causa de la perfecta pronunciación de las sílabas.

Desapareció el sacerdote, la selva y los edificios y, en su lugar se vio una obscuridad absoluta, rota únicamente por millares de puntitos luminosos en los que el reportero reconoció las estrellas del Universo, pero sin que aquellas constelaciones le recordaran las que él había contemplado a menudo. No obstante, su atención fue apartada bien pronto por algo chispeante que cruzaba el espacio con fulmínea velocidad.

El objetivo de la cámara atrajo el aparato espacial y los asistentes pudieron darse cuenta de que era una nave de una forma solamente conocida por los dibujantes de fantasía científica. Una nave circular, plana, con una protuberancia semiesférica en su parte central superior, pero sin que en ningún trozo del aparato se vieran las clásicas lucernas u "ojos de buey" con que se acostumbraba a representarlas convencionalmente. La astronave se aproximó enormemente, de modo que todos pudieron contemplarla a su sabor y de repente desapareció con la escena, cuando el filamento se concluyó. Kerryck encendió las luces, mirando sucesivamente a unos y otros.

—¿Y bien? —preguntó.

El profesor Myers se levantó, encendió un cigarrillo pausadamente y después de dar unos cuantos pasos en ambos sentidos, concentrado en

sí mismo, elevó sus ojos, al mismo tiempo que decía:

—La lengua en que ha hablado ese sacerdote no me es desconocida del todo. Tiene inflexiones del antiguo inca, pero la mayoría de las palabras, a juzgar por lo que ha hablado, son todavía anteriores a los hombres que se encontró Pizarro a su llegada al Perú. De todos modos —el profesor se dirigía a la señora Century—, le agradezco mucho la idea que tuvo de colocar una cámara y un aparato grabador del sonido. Esto me permitirá estudiarlo a fondo y creo que, por fin, daremos con la clave del asunto.

Kerryck fue el primero en reaccionar. Haciendo con el índice un gesto de silencio, se metió la mano dentro de la americana, extrayendo de la funda axilar una pistola de respetable tamaño; concluida en una protuberancia que indicaba estaba provista de silenciador y, caminando de puntillas, se dirigió hacia la entrada del apartamiento, en el preciso instante en que un rectángulo blanco se deslizaba por debajo de la puerta.

La abrió con violencia y vio un individuo que trataba de introducirse en el ascensor. Kerryck, dando un prodigioso salto hacia adelante, metió el pie, con lo que impidió que el mamparo deslizante entrara en contacto con el extremo opuesto, poniendo en funcionamiento el aparato y, hecha la operación, apartó a un lado la puerta, alargando la mano y cogiendo por el cuello al tipo que trató de resistirse inútilmente, porque un puñetazo bien aplicado en el mentón lo dejó reducido a la inconsciencia más absoluta.

El reportero entró de nuevo en el piso, tirando del dormido, y arrojándolo contra el suelo. Se dio cuenta de que el profesor rasgaba el sobre y extraía un cuadrado de papel, de cuyo contenido se enteró por el sencillo procedimiento de alargar el pescuezo por encima de los hombros de Harold Myers.

El mensaje, sin firma, escrito con gruesos trazos de lápiz azul, imitando los tipos de imprenta, decía:

—"Os recomiendo la inactividad más absoluta. Un paso más que deis hacia a solución del enigma de los siglos, que solamente me pertenece a mí, será un paso definitivo hacia vuestra destrucción."

No llevaba firma alguna la misiva, pero todos, sin mirarse apenas, estuvieron de acuerdo sobre la identidad del remitente y no pudieron evitar que el gélido soplo de muerte pasara por la estancia.

Pero en aquel momento un ruido atrajo la atención del periodista

quien se volvió rápidamente, viendo que el mensajero, recuperando el conocimiento, trataba de escabullirse. Lo alcanzó rápidamente, hundiéndole, a guisa de advertencia, la mano cerrada en el estómago, echándole sobre el diván, al mismo tiempo que sonreía:

—Se ruega a las damas se ausenten de la estancia. No creo que su delicado espíritu sea lo más apropiado para presenciar un tratamiento comanche dedicado a hacer soltar la lengua a este fulano que tengo aquí.

—¿Piensa usted torturarle? —preguntó, estremecida, Loretta.

Kerryck apreciaba profundamente a la muchacha. Es más, si en aquel momento le hubieran preguntado cuáles eran sus sentimientos hacia ella, hubiérase puesto encamado de pies a cabeza, traicionándose sin poder evitarlo. Sin embargo, la miró fríamente:

—Usted, ¿qué cree, Loretta? ¿Es que no ha visto el desastroso fin de varias personas, todas por culpa de ese supercriminal? No. La ruego se retire, pero yo a este tipo le saco la verdad, aunque con cada pregunta tenga que arrancarle cuarenta centímetros cuadrados de su cochino pellejo. Nos jugamos demasiado para que tengamos consideración con este desecho de la sociedad.

—No hablaré —murmuró, desafiante, el "desecho", pero Kerryck se echó a reír, dándose cuenta, al mismo tiempo, que Alma Century y Barney Tempus permanecían impertérritos, tranquilos en absoluto, sin que un sólo músculo de sus rostros se les hubiera contraído, en actitud completamente opuesta a la del profesor y su hija que, más blandos de ánimo, se retiraron, no queriendo presenciar el espectáculo que el reportero les había prometido.

—Y, usted, señora Century, ¿no se marcha? —inquirió el periodista, arrojándose sobre el desconocido, y quitándole la americana de un par de tirones.

—No, gracias. Me interesa escuchar lo que dice nuestro prisionero.

—Sí, ¿eh? —rezongó éste, pálido, pero resuelto a no abrir la boca—. Pues ya se está acomodando en aquel sillón, hermana. Se le estropeará el cutis tan hermoso de tanto esperar —y dichas estas palabras hizo un gesto desdeñoso hacia Kerryck quien, sin poder contenerse, hizo que su mano chocara de trasvés con la boca del individuo, de la que, juntamente con unos hilillos de sangre, se escapó un ahogado gemido.

—Este es el prólogo —dijo complacido Kerryck, continuando—. Señor

Tempus, ¿quiere mirar a ver si en la cocina hay algo que se parezca a un cuchillo? No se moleste en desinfectarlo. El tipo este no lo notará.

El aludido se agitó nervioso en el asiento y el periodista, en dos puñados le dejó al aire, rasgándole la camisa, el escuálido torso, fabricándose un par de tiras con objeto de atarle las manos a la espalda. Se dio cuenta de que su cautivo llevaba un enorme reloj de pulsera, algo realmente desproporcionado y se dispuso a quitárselo, mas en aquel momento gritó Alma, perdiendo por primera vez su ponderada ecuanimidad:

—¡No, Kerryck! ¡No lo toque! ¡¡Apártese!!

El periodista se volvió alarmado, pero apenas había realizado el gesto cuando un grito espeluznante le hizo atender nuevamente al desconocido, retirándose un paso, aterrado, espantado, ante el espectáculo al que sus ojos se negaban a dar crédito.

¡El hombrecillo, abriendo infinitamente los ojos, convulsionándose epilépticamente, dando saltos atroces en el diván, cubierta de una espuma blanco-verdosa los labios, se estaba convirtiendo en una masa de carne que se ennegrecía rápidamente, al recibir por el reloj de pulsera que Kerryck había estado a punto de tocar, una potentísima descarga eléctrica!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI

La mujer, con uno de sus brazos vendados, salió de la espacionave en el momento en que se acercaba un grupo de hombres, ataviados ricamente, armados con pesadas espadas de oro, cuyas empuñaduras estaban consteladas de gruesas gemas los que parecían ser más importantes personajes, y con arcos y flechas, amén de escudos bellamente trabajados los que pertenecían a la casta de simples guerreros.

Trytha se detuvo, contemplando el extraño grupo que, apenas la vio, en un movimiento unánime, se postró a sus plantas, escondiendo la faz en el suelo, en señal de acatamiento, sin moverse hasta que ella lo ordenó:

—Levantaos —dijo, sencillamente.

Pero, con la sola excepción de uno de ellos, todos los demás continuaron en la primitiva posición de respeto y adoración, y el que se había erguido, sin mirarla directamente, exclamó:

—Al fin ha llegado nuestra hora. Ha llegado la diosa que nos prometieron las leyendas.

—¿La diosa? —inquirió ella extrañada.

—Sí. Nuestras tradiciones cuentan que un día vendrá una mujer de excepcional belleza que gobernará nuestro pueblo, sacándolo del marasmo en que se halla y conduciéndolo a la victoria y conquista del mundo, por medio del exterminio de todos los habitantes que no pertenezcan a la raza de los elegidos.

Trytha contempló curiosamente a su interlocutor. Alto, fornido, vestido ricamente, pendiendo del labrado cinturón un enorme puñal, llevaba sobre la frente una extraña diadema áurea, que debía indicar su elevada categoría sobre aquel grupo de hombres que todavía permanecían en la misma posición. No se extrañó del hecho tan raro que suponía que unos y otros hablaran idéntico lenguaje, por lo que le preguntó:

—¿Quién eres tú y cómo te llamas?

—Mi nombre es Anco Numac, y soy el sumo sacerdote de este pueblo. Soy el que ha tenido la dicha infinita de ver hechas realidad viva y tangible las antiquísimas tradiciones que nos prometieron una diosa que vendría de los cielos. Largos años hemos tenido que esperar, mas al fin la hora ha sido llegada.

La mujer se dio cuenta instantánea de las ventajas que se le ofrecían, en vista de lo cual exclamó:

—En el interior de ese aparato que nos ha traído a través de los espacios hay un hombre que ha sido herido gravemente. Nos lo llevaremos para atender a su total curación. ¿Está muy lejos vuestro pueblo?

—Llegaremos cuando el sol esté al término de su carrera. Tu servidor será debidamente atendido y nuestros médicos le devolverán la salud perdida. En cuanto a ti, hemos traído algo para que tus divinos pies no toquen el suelo.

El sumo sacerdote se volvió, dando una breve palmada, ante cuyo conjuro, de la espesura cercana salieron veinte hombres, semidesnudos cubiertos apenas con un breve cinturón, portando una lujosísima litera, cuya vista hizo que Trytha ahogara una exclamación de asombro. Los esclavos llegaron donde se encontraba la mujer con Numac, dejándola en el suelo y postrándose, hasta que el sacerdote les ordenó secamente, una vez que Trytha se hubo instalado en el suntuoso lecho y corrido las finísimas cortinas, que reemprendieran la marcha. Obedeciendo a la voz de Numac, tomaron las enormes varas, comenzando a andar, delante del grupo de guerreros, quienes, con la vista baja, como si no se sintieran dignos de contemplar a la que en lo sucesivo iba a ser deidad tutelar, siguieron a la comitiva.

Otro grupo más reducido, con una litera mucho más sencilla, en la que iba tendido Novak, con los ojos cerrados, pálido, con una mano sobre el pecho, cerró la extraña procesión, que se perdió bien pronto en lo más espeso de la selva.

* * *

El enorme huso que era el submarino “Erebus” se sumergió apenas hubo alcanzado los 70° de latitud Sur, cuando ya empezaban a divisarse en el horizonte los primeros “icebergs” que constituían las avanzadillas de la Antártida.

Era una enorme nave, equipada especialmente para la expedición que el profesor Myers había organizado, de acuerdo con la Sociedad Nacional Arqueológica, quien, convencidos todos sus miembros de las teorías del profesor, había corrido con todos los gastos, solicitando y obteniendo del Gobierno un submarino, dotado de los últimos adelantos, al mando del capitán Horace Norman Cook, con una tripulación escogida y especialmente entrenada con tal objeto.

El capitán Cook se hallaba en la sala de mandos, observando atentamente los detectores que le indicaban el espesor de la capa de hielo sumergida, cuando se le acercó el periodista:

—Buenos días, capitán. ¿Cómo va eso?

—Perfectamente, señor Olligan. ¿Se encuentra bien a bordo?

—Estupendamente. El entrenamiento previo que hicimos todos cuantos éramos ajenos a la dotación nos ha servido de mucho. Y, a propósito, ¿a qué profundidad nos hallamos ahora?

El capitán consultó el profundímetro, contestando acto seguido:

—Tenemos trescientos cincuenta metros, pero nos vamos hundiendo poco a poco. Los hielos tienen un enorme espesor.

—¿Y resistirá el casco las tremendas presiones que se ve obligado a soportar? —preguntó Kerryck, alargando un cigarrillo a Cook y encendiendo otro a su vez.

—Este trasto puede hundirse diez veces más sin ningún peligro. Está construido de la misma forma que el batiscafo del profesor Piccard que, como usted sabrá, alcanzó los cuatro mil metros de profundidad. Naturalmente, sirvieron de mucho las experiencias obtenidas entonces, y el “Erebus” se halla sumamente perfeccionado. Si Piccard levantara la cabeza se quedaría atónito —sonrió finalmente el capitán —. Tenemos además una ventaja sobre el batiscafo. Aquél tenía una marcha reducidísima. Nosotros podemos alcanzar, en inmersión, los cincuenta nudos, velocidad ciertamente respetable, pero que aquí no usaremos, puesto que no nos hallamos en mar libre y…

En aquel momento el capitán Cook se interrumpió, mirando fijamente la pantalla de radar, en la que en rápidos destellos se reflejaban los ecos del sonar.

—¿Qué diablos…? —comenzó a decir el capitán Cook, en tanto que los radaristas de servicio contemplaban atónitos las extrañas señales que aparecían en el verdoso cristal.

—Capitán, aquí hay algo raro —exclamó un marinero.

—Parece un submarino —dijo otro.

—Eso es lo que creo yo —gruñó Cook —, pero no tenemos noticias que haya por aquí ninguna otra nave. ¿Si será…?

Pero el comandante del submarino se interrumpió bruscamente al ver una línea luminosa que recorría rápidamente el espacio y gritó:

—¡Torpedo! ¡Timonel, todo a estribor!

Apenas lanzada esta orden, cuando el marinero que se hallaba junto a la rueda comenzó a hacer girar ésta velozmente. Kerryck se sintió

bruscamente arrojado al lado opuesto, a consecuencia de la acción de la fuerza centrífuga, en tanto que el capitán Cook gritaba:

—¡Zafarrancho de combate! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Telefonista, póngame con la sala de máquinas!

Los timbres y cláxones del submarino comenzaron a atronar el espacio, en tanto que por todas partes se escuchaba el rumor de las pisadas y gritos de los miembros de la tripulación que se dirigían a toda velocidad abandonando sus literas quienes se hallaban descansado, hacia los sitios que cada uno tenia asignado de antemano. Kerryck vio pasar por su lado a los dos cocineros, quitándose los mandiles, corriendo como gamos a la cámara de torpedos de popa. Habría quince o veinte marineros presenciando la proyección de una película en el cuarto que se convertía en los momentos de asueto en cinematógrafo y salieron también disparados, dejando tras si una espantosa confusión de sillas derribadas, en tanto que el operador, dejando la máquina funcionar por si sola, atravesaba raudo los corredores hasta llegar junto a su puesto de artillería, por si había que subir a la superficie y disparar con el cañón, oculto entonces. Y mientras tanto, el comandante de la nave se desgañitaba dando órdenes:

—¡Maquinista! ¡Atrás la máquina de estribor y toda la marcha a la de babor! ¡Cámara de torpedos de proa, carguen todos los tubos!

Kerryck, al lado de Cook, contempló la rauda marcha del torpedo que súbitamente se hizo visible, al ser encuadrado en el objetivo de la cámara submarina televisora, que había sido conectada debajo de un poderosísimo foco luminoso que taladraba las tinieblas de las profundidades acuáticas. Pero la visión duró apenas un segundo, porque cuando el mortífero artefacto apareció en el rectángulo, se hallaba ya tan cerca, que más que un huso metálico pareció una raya brillante, dejando tras sí una enorme estela de burbujas.

—¡Cielos! —se enjugó el sudor que le corría por el rostro el capitán—: Me he visto atravesando la capa de hielo que hay sobre nosotros. ¡Timonel!

—A la orden, señor.

—Ponga rumbo en cero, cinco, cinco. Telefonista, a ver esa sala de máquinas.

—Rumbo cero, cinco, cinco —repitió mecánicamente el timonel, y en aquel momento se oyó—: Sala de máquinas al habla.

—Necesito treinta nudos de velocidad, señor Kealy.

—Sí, capitán. Treinta nudos.

El capitán Cook tomó el micrófono:

—Atención todo el mundo. Tenemos a la vista un submarino de identidad desconocida que nos ha soltado un torpedo que, afortunadamente, hemos logrado esquivar a tiempo. Recomiendo a todos la máxima atención y el cumplimiento estricto, de mis órdenes, única forma de salir adelante de este embrollo en que nos hemos metido. ¡Cámara de torpedos de proa! Preparen los tubos uno y dos.

—Tubos uno y dos listos para disparar, señor —le contestaron al cabo de cinco segundos.

Kerryck siguió atentamente todas las maniobras .del capitán, quien se inclinaba sobre las pantallas, siguiendo cuidadosamente todos los movimientos de la nave enemiga, que parecía algo desconcertada por su fracaso, pues navegaba en irregulares zigzags.

—Lo tenemos a tres mil metros de distancia. No quiero arriesgarme a perder un torpedo, si puedo evitarlo.

El sordo rumor de la maquinaria aumentó cuando el submarino, ganando velocidad, pareció saltar hacia adelante, en tanto que el comandante, dirigiéndose a Kerryck le explicaba:

—No quiero desperdiciar un disparo, señor Olligan. Voy a darles una lección a esos tipos, que no olvidarán. ¡Atención! Tubo número uno...

Cinco segundos transcurrieron antes de que el capitán diera una orden que a Kerryck le pareció no iba a llegar nunca:

—¡Fuego! ¡Tubo número dos!... ¡Fuego!

Uno tras otro, dos breves estremecimientos se dejaron sentir en la estructura de la nave, en tanto que dos enormes cilindros, de cabeza cónica, dejando tras sí millones de diminutas burbujas, partían al encuentro del blanco contra el que habían sido disparados.

Hubo un momento de absoluto silencio en todo el submarino. El monocorde zumbido de las máquinas pudo oírse con toda perfección, en tanto que todos los miembros de la tripulación alargaban instintivamente los cuellos en aquella dirección, como esperando escuchar antes los sonidos de las explosiones, que no llegaron.

—¡Falló! —exclamó alguien, interpretando exactamente el sentir general y, Cook, dándose cuenta, soltó un rotundo taco.

—¡Carguen de nuevo los tubos uno y dos! ¡Disparen inmediatamente los tres y cuatro!

Pero éstos corrieron la suerte anterior y de repente, el radarista dejó escapar una rotunda interjección:

—¡Capitán, capitán! ¡Fíjese!

Kerryck no pudo evitar el mirar por encima del hombro de Cook y lo que presenció en la pantalla televisora le llenó de espanto.

Navegando velocísimo a su encuentro, el submarino enemigo se les echaba encima. Sin embargo, aun hallándose todavía a buena distancia, se podía apreciar que no era del tipo corriente y conocido comúnmente. Parecía un huso simplemente, sin ninguna protuberancia que indicase en él la existencia de una torreta desde la que dirigir, tanto el rumbo como el combate y, además, sus costados tenían numerosos orificios, por los que salía la luz a raudales, iluminando fantasmagóricamente aquel trozo del mar antártico.

—¡Se nos echa encima! —gritó el comandante—. ¡Timonel, todo a babor! ¡Sala de máquinas, marcha atrás!

Eran las únicas órdenes que podía dar Cook, pero introdujeron una tremenda confusión.

El violentísimo frenazo causado por la repentina inversión del giro de las hélices, arrojó a todo el mundo hacia adelante. Todos los utensilios que no estaban sólidamente sujetos fueron arrojados al suelo, en medio de un estrépito ensordecedor, multiplicado por los altavoces, conectados todos los del submarino con la red general, con objeto de que las órdenes del capitán pudieran ser perfectamente escuchadas en todos los rincones de la nave, y más de un aullido de dolor se dejó sentir también, cuando algún marinero notó el súbito aplastamiento de sus narices contra el mamparo más cercano. Kerryck gruñó cuando su frente entró en contacto con una esquina metálica, que detuvo su marcha hacia adelante, pero no había acabado allí todo.

Las intenciones del submarino enemigo eran bien visibles. Abordar al intruso, cargando sobre él, procurando que su proa entrara en contacto con su costado, pero afortunadamente la hábil maniobra del capitán Cook evitó la catástrofe, no impidiendo, sin embargo, que las dos moles de hierro se rozaran, con lo que ambos salieron

violentamente rebotados, en medio de crujir de metales dislacerados y rechinar de vigas destrozadas en los compartimientos estancos, algunos de los cuales sufrieron abolladuras, que no llegaron a ceder, con gran suerte por parte de aquel en que iba el periodista, ya que de haber ocurrido esto, el hundimiento hubiera sido inevitable.

—¡Cámara de torpedos de popa! ¡Disparen sucesivamente los cuatro tubos!

Era casi un suicidio, mas Kerryck comprendió que aquella era su única oportunidad. Uno tras otro, los larguísimos tubos de acero, impulsados por su pareja de hélices, girando en sentido opuesto para evitar el par de rotación, salieron al encuentro del submarino enemigo que trataba de virar, a tres kilómetros de distancia, para cargar nuevamente y concluir su medio fracasada tarea, pero el "Erebus", tras haber soltado los torpedos de popa, a una orden de su comandante, navegaba al máximo, procurando escapar a los efectos de las explosiones.

A pesar de la distancia, por la cámara de televisión, a la que había sido enfocado el objetivo posterior, Kerryck pudo apreciar cuatro brevísimos destellos, pero de una luminosidad inigualable, ante cuya visión el capitán Cook aulló, desesperadamente:

—¡Sujétense bien todos! Antes de diez segundos tenemos aquí la onda explosiva. ¡Sala de máquinas! Dele todo el gas, ¡por el amor de Dios!

Primeramente fue un trueno prolongado el que se oyó al confundirse las cuatro detonaciones en una sola, de aterradora intensidad. Luego, el mar, agitado espantosamente, cogió al "Erebus" en su seno, llevándoselo de un lado para otro, zarandeándolo brutalmente, haciéndolo subir, bajar, voltear sobre sí mismo, como sí fuera un sencillo trozo de madera en lugar de un pesadísimo casco metálico. Todos sus ocupantes fueron arrojados de un lado a otro. Los techos sirvieron momentáneamente de suelos, cuando la nave giró longitudinalmente sobre si misma, en tanto que el acero, sometido a bestiales presiones, gemía lastimeramente, como si se tratara de cosa viva. Pero al fin, la tranquilidad se fue recobrando poco a poco y el capitán Cook, con una ancha brecha en la frente, de la que manaba abundante sangre, sin preocuparse de su herida, comenzó a dar órdenes:

—¡Teniente Clarke! Repase el "Erebus" de arriba abajo y hágame, una relación de las averías, disponiendo sean reparadas al momento. Doctor Heinlich, vea los lesionados y póngalos en condiciones de volver a trabajar cuanto antes. Sala de máquinas, velocidad, un

cuarto.

Dolorido todo su cuerpo, sin casi apenas poder moverse, Kerryck se encaminó hacia la cámara donde había dejado a sus amigos, con el fin de averiguar los daños qué hubieran podido sufrir. Y su alivio fue inmenso al comprobar, sobre todo en Loretta, que fuera de algunas contusiones más o menos importantes, sus organismos no habían sufrido lesiones irreparables.

—Parece ser que el desconocido asesino está muy bien enterado de nuestros proyectos —comentó el reportero, apenas hubo cambiado unas palabras, tranquilizándose respecto a la salud de sus compañeros de viaje.

—Menos mal que hemos acabado con él —comentó Myers.

—No lo crea así —objetó pausadamente Alma, con tranquilidad en su acento y en su aspecto físico, en el que no se reflejaban los apurados momentos porque acababan de pasar todos—: Ese hombre no iba en el submarino destruido.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó asombrado Kerryck.

—No lo sé —sonrió tristemente la mujer—, más estoy segura de ello. Conocía la potencia de nuestra nave y no habrá querido arriesgarse a entablar un combate en el que, como se ha visto, podía haberle costado la vida.

El profesor iba a hablar, más en aquellos momento un marinero apareció en la puerta del camarote.

—El capitán les ruega se personen en la sala de mando.

Se miraron unos a otros, sin acabar de comprender, pero, con objeto de salir de dudas, se encaminaron hacia allí, y apenas les vio Cook, les indicó el radar.

—Si se fijan en esta pantalla se darán cuenta de que tenemos algo muy extraño delante de nosotros.

—¿Qué es ello, capitán? —preguntó Myers.

—Ante todo les diré que hemos tenido que sumergirnos todavía más. En estos momentos... —consultó el profundímetro—, nos hallamos a ochocientos metros bajo la superficie, teniendo sobre nosotros una capa de hielo de setecientos de espesor. Pero no es por eso por lo que

les he llamado.

—¿Entonces...? —ahora fue el periodista quien habló.

—Los ecos del sonar delataron la existencia de una abertura en la masa de hielo que se hunde varios kilómetros en el mar. Decidí profundizar y ahora nos hallamos frente a ella. Mide, aproximadamente, cien metros de anchura y es literalmente un tubo. Un tubo enorme, cuyo final es imprevisible. Usted, profesor, es el director técnico de la expedición y quien debe decidir si continuamos o retrocedemos.

El interpelado miró a sus compañeros, especialmente a Alma y al fin, tragando saliva, murmuró:

—¡Sigamos hasta el fin, capitán! Al otro lado de ese túnel de hielo puede hallarse…, está la solución de nuestro enigma.

—Está bien —respondió Cook y tomó el micrófono—: Sala de máquinas, ¡avante un tercio!

CAPÍTULO VII

Novak estaba a la derecha de Trytha, sentada en el esplendoroso sitial de oro y deslumbrantes gemas, cuando Yto Danae, sumo sacerdote, hijo de Anco Numac, que la recibiera a su llegada, atravesó lentamente el inmenso salón. En su calidad de pontífice de aquella extraña religión, de la que Trytha era la diosa, no necesitaba prosternarse, sino únicamente hacer una inclinación, al mismo tiempo que extendía los brazos hacia ella.

—Me mandaste llamar y aquí estoy —murmuró Danac.

Trytha miró a Novak antes de hablar, y al fin se decidió:

—Hemos de comunicaros gratas noticias. Alza la vista y mírame.

Obedeció el sacerdote, pensando que su diosa y reina estaba con el mismo aspecto físico que la conociera a su llegada, cuando él era todavía un imberbe muchacho, que comenzaba a hacer sus estudios en los cubículos del templo destinados a los que deseaban seguir la

carrera sacerdotal, estudios a los que él, como hijo del sumo sacerdote, no había podido evadirse, a pesar de que su espíritu se inclinaba más hacia las armas que hacia los estudios teosóficos. Mas la ley ordenaba que el hijo de un hierofante, lo fuera a su vez, y a Danac no se le había ocurrido siquiera sublevarse contra tal idea. Ahora era un hombre hecho y derecho, en plena madurez de su vida, y Trytha tenía el mismo aspecto de maravillosa hermosura que entonces, sin que una sola arruga hubiese manchado la tersura de su cutis.

—Podrán ser graves esas noticias, pero con tu sabiduría y la del hombre que tienes a tu diestra, tenemos confianza en que sabrás conjurar y alejar todo el mal que amenace a nuestro pueblo.

La mujer denegó, moviendo lentamente la cabeza de izquierda a derecha, al mismo tiempo que una pálida sonrisa animaba su rostro:

—No, Danac, no. Toda mi ciencia, toda la de Novak, no son suficientes para detener la catástrofe que se nos avecina y que puede provocar no sólo la ruina, pero el exterminio total de tu pueblo, que es el mio. Nuestra sabiduría ha servido, en esta ocasión, para prever ese cataclismo y así preservar de la muerte a millones de seres.

—No acabo de entenderte bien.

—¿Viste, hace unos días, una gigantesca luminaria encenderse en el cielo, pareciendo que éste se había incendiado?

—Sí, pero...

Le interrumpió con leve ademán de su enjoyada mano Trytha, quien continuó:

—Un mundo, un mundo mayor aún que el que habitamos, ha estallado, deshaciéndose en innumerables fragmentos. Estos fragmentos, de enorme volumen algunos de ellos, están viajando ahora por el vacío en todas direcciones, con velocidades tremendas y algunos de ellos chocarán contra nuestro planeta, o bien pasarán tan cerca que influirán poderosamente en él. Los ríos se saldrán de su cauce, los mares anegarán las tierras y los bosques arderán, en tanto que los hielos se convertirán en agua, mientras que, en algunos lugares, éstas se convertirán en espesas masas heladas, cambiando totalmente el aspecto externo del globo en que habitamos.

Danac dio un paso atrás, como espantado ante la magnitud de los desastres que le anunciaban y tartamudeó, no atreviéndose a formular totalmente la pregunta que tenía a flor de labio:

—¿Y... y nos... nosotros? ¿Moriremos o...?

—Esa catástrofe está relativamente próxima, pero puede ser evitada en cierto modo.

—¿Y cómo? ¿Cómo defendernos del choque de esos enormes trozos del planeta que acaba de hacer explosión?

—No hay más que un remedio. Abandonar éstas regiones. Huir. Marchar cuanto antes, llevando únicamente lo más imprescindible. Antes de seis lunas empezarán a notarse ya los primeros efectos de ese desastre ocurrido a tan grande distancia de nosotros. Nuestras investigaciones nos han demostrado que lo que ahora es selva, bosque frondoso, arderá totalmente, convirtiéndose en cenizas todo cuanto ahora vemos, para, más tarde, ser sepultados por los hielos que, inevitablemente se formarán. Debes, pues, comunicar tales noticias a nuestro pueblo, con objeto de atenuar en la posible las consecuencias que, de no haber sido por nosotros, hubieran, concluido con el total extermino de vuestra raza, y que, de esta forma, conseguirá salvarse y continuar viviendo para vuestro fin, que es el nuestro también: gobernar todos los seres de este mundo.

* * *

¡Clink...! ¡Clonck...!

¡Clink...! ¡Clonk...!

Los ecos del sonar, conectados con las pantallas *radáricas*, sonaron inesperadamente y el teniente Masterson, de guardia en la sala de mando, tomó el micrófono:

—¡Capitán Cook! ¡Capitán Cook! —llamó.

Desde su camarote contestó el interpelado:

—¿Qué ocurre, Masterson?

—Tenemos un obstáculo en proa, señor.

—¿Ha podido identificarlo, teniente?

—No, señor. Solamente parece ser algo opaco, que no es hielo, sino una gran masa metálica.

—¿Una masa metálica? —murmuró extrañado el capitán—. ¿Qué

velocidad llevamos, Masterson?

—Un tercio, señor.

—Bien, gracias. Reduzca al mínimo de velocidad. Ahora mismo voy para allí. Ordene que todo el mundo se coloque en su puesto.

Sujetándose los pantalones todavía, arrancado bruscamente al sueño, Kerryck salió de su camarote, que compartía con el profesor y con Barney Tempus, corriendo hacia el puesto de mando, alcanzando a mitad de camino al capitán, aguardando a que éste se hallara ya en su sitio para preguntarle:

—¿Alguna novedad, capitán Cook?

—Pronto lo sabremos, señor Olligan. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Los ecos del sonar aumentaron repetidamente y el comandante de la nave ordenó parar inmediatamente las máquinas, continuando no obstante su camino unos centenares de metros, arrastrados por la fuerza de la inercia, hasta que al fin se detuvo entre dos aguas, balanceándose levemente.

—¡Conecten el reflector de proa! —ordenó Cook, y al instante un potentísimo rayo de cegadora luz hendió la obscuridad de la masa acuática, reflejándose en la pantalla televisora que tenían delante de sí, y apenas había ocurrido esto cuando todos cuantos estaban presenciando la escena dejaron escapar un involuntario grito de admiración.

A menos de cincuenta metros de distancia de la proa del submarino, la luz del proyector se detenía formando un anchuroso círculo blanco. El obstáculo que interfería los rayos luminosos era metálico, enorme, dorado, con extrañísimos dibujos, como si fuera un inmenso muro metálico, que les cerraba el paso en aquel túnel de hielo situado a ochocientos metros bajo el nivel del mar, en plena barrera antártica. Y de la gigantesca pared de metal se escapaban millares de chispas, como si estuviera constelada de lamparitas de innumerables colores.

—¡Santo Cielo! ¡Qué espectáculo! —exclamó el capitán, atónito—. ¿Qué será lo que estamos viendo? ¡Parece un sueño!

El ánimo de todos cuantos se hallaban en aquel sitio estaba embargado por la contemplación de aquel inesperado obstáculo que les cerraba el paso de tan inesperada manera, espectáculo bellísimo, impresionante, ya que, poco a poco, con infinita suavidad, sin

embargo, el submarino se iba acercando al muro, con lo que los detalles de éste podían divisarse mejor a cada instante. Pero fue el periodista el que habló, dando la solución del problema al capitán;

—Le sugiero que llame al profesor. Quizá él pueda indicarle algo sobre lo que tenemos que hacer.

—Cierto, señor Olligan. Me había olvidado de él. Masterson, hágame el favor de traerse al profesor Myers para aquí.

—Sí, señor. Al instante.

No tardó mucho el demandado en encontrarse en el puesto de mando, pero no venía solo. Además de su hija le acompañaban la señora Century y el ayudante de ésta, Tempus.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó el primero, apenas hubo entrado.

—Eche un vistazo a la pantalla profesor Myers, y dígame si ve lo mismo que veo yo.

Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales el padre de Loretta alzó los ojos.

—Estamos a las puertas, capitán.

—Ya lo veo, profesor —sonrió éste—, pero, dígame, ¿y la llave de esa puerta?

La salida del capitán hizo sonreír a más de uno, pero antes de que el profesor tuviera tiempo de contestar, Kerryck exclamó en voz alta:

—¡Fíjense! ¡No hace falta ninguna llave! ¡La puerta se está abriendo por sí sola!

En el mismo momento se notó una conmoción a bordo de la nave. Las aguas se arremolinaron, impulsándola hacia adelante, ante lo cual Cook se precipitó hacia el micrófono, ordenando secamente:

—¡Sala de máquinas, atrás un cuarto!

Trepidaron las hélices sordamente, deteniendo la marcha de la nave, en tanto que, en la pantalla televisora, se veía con toda claridad cómo la delgada línea negra que era la abertura de aquella gigantesca compuerta metálica, del ancho del túnel, midiendo por tanto más de cien metros de altura, se iba ensanchando poco a poco, a medida que las dos hojas iban girando lentamente.

—Ahí dentro hay alguien que mueve la maquinaria de esas compuertas —dijo el capitán, con el micro en la mano, dispuesto para dar las órdenes necesarias en el momento oportuno.

—Sí. El mismo que envió su sumergible a combatirnos, capitán. Le recomiendo esté alerta. No sabemos lo que nos aguarda ahí dentro.

—Yo recomiendo a ese tipo que, si ha de golpear, que golpee bien al primer intento. El segundo no se lo dejaré dar —contestó duramente el capitán, quien, dándose cuenta de que tenía espacio suficiente para pasar, llamó:

—¡Sala de máquinas, avante poca! ¡Con precaución!

De nuevo se estremeció el submarino al detenerse las hélices y cambiar el sentido de rotación, impulsándolo hacia adelante ahora. Poco a poco, con infinita lentitud, el negro huso fue recorriendo los cincuenta metros que le separaban de la abertura de las compuertas, en aquel instante separadas unos treinta metros escasos.

—Televisores de babor y estribor —ordenó el capitán Cook y, al momento, el marinero de transmisores, pulsó los botones correspondientes, con lo que tuvieron una impresión exacta de lo que ocurría por ambos costados de la nave, mas apenas se habían reflejado en ambas pantallas las primeras imágenes de los bordes metálicos de las inmensas puertas, cuando alguien gritó;

—¡Capitán, la compuerta se está cerrando! ¡Fíjese!

Era cierto, desagradablemente cierto. Detenidas las dos hojas de aquella barrera que de modo tan misterioso se había abierto, ahora estaban realizando su movimiento de una manera lenta, pero segura, sin que pareciera hubiera fuerza humana capaz de detenerla. Y el submarino se hallaba todavía a mitad de su travesía.

El objeto estaba bien claro. Por las pantallas se veía el enorme grosor de aquellas pesadas compuertas, adecuadas especialmente para resistir las enormes presiones de aquel fondo submarino y todo el mundo pudo darse cuenta, con una simple ojeada, de que, si eran cogidos en medio, la nave sería aplastada como lo es una nuez con unas tenazas. Anchas brechas se abrirían, por las que las aguas harían irrupción, anegando todo el interior del huso, no ahogando a sus tripulantes, sino aplastándolos, convirtiéndolos en irreconocibles masas de pulposa carne sanguinolenta a consecuencia de la grandísima presión del agua. Apenas tendrían tiempo de enterarse de que se habían mojado, cuando ya estarían sus cuerpos rotos, reventados, estallados los pulmones y las

vísceras, expulsados los ojos de sus órbitas, todo en el brevísimo plazo que mediaría entre la entrada del agua y la inundación total del sumergible.

Pero el capitán Cook era un hombre en el que la mente se hallaba perfectamente sincronizada con sus impulsos y, como no había abandonado el micrófono de la mano, su reacción fue instantánea. La única posible. Retroceder era un suicidio. El tiempo perdido en detener la marcha hacia adelante, invistiendo el sentido rotatorio de las hélices propulsoras hubiera sido demasiado precioso y la compuerta se hubiera cerrado totalmente, antes de haber logrado escapar de aquella trampa. En consecuencia gritó la única orden que cabía en aquel dramático momento, en el que todos los pechos habían suspendido sus movimientos respiratorios:

—¡Toda la marcha adelante!

Chillaron las hélices como protestando del excesivo esfuerzo a que eran sometidas. El submarino se agitó epilépticamente, como si un millón de infernales espíritus se hubieran adueñado de él, pero la nave obedeció dócilmente, saltando hacia adelante, como corcel obediente al látigo y a la espuela.

—Cámara de torpedos de popa, ¿hay alguna novedad? —preguntó Cook.

—No, señor. Todos nos encontramos perfectamente.

—¡Otra compuerta a proa, capitán!

—¡Atrás, atrás a toda máquina¡ !Qué idiota he sido! ¡Debí suponérmelo! ¡Es lógico que haya dos compuertas...! ¡Por los clavos de Cristo!...

Hubo unos momentos de intenso dramatismo apenas hubo soltado el capitán su última exclamación.

Y no hacía falta ser un lince precisamente para darse cuenta del movimiento descensional de la nave.

—¡Nos hundimos, capitán! —gritó Kerryck.

—No —rectificó éste—. La sensación es de hundimiento, pero lo que en realidad ocurre es que están vaciando el agua de este inmenso depósito.

—Podremos salir a la cubierta, ¿no?

—Aguardaremos a ver lo que ocurre, señor Olligan —contestó prudentemente el capitán, que pidió—: A ver el periscopio.

Aplicó el ojo, haciéndolo girar 360°, examinando con todo cuidado lo que su pupila recogía, soltando apagados gruñidos que expresaban bien a las claras su admiración por lo que estaba presenciando.

—¡Por San Patricio, patrón de Irlanda! Es algo increíble. Jamás...

—¿Qué es lo que se ve, capitán? —le apremió, impaciente, el profesor.

—Tome, examínelo usted mismo. Todo cuanto yo pudiera decirle quedaría pálido ante la realidad. Mire, mire, y dígame si no tengo razón.

Kerryck veía algo por las pantallas, y merced a eso pudo darse una pálida idea de lo que seria la contemplación desde el exterior, de aquella gigantesca caverna, excavada por los tiempos en lo más profundo de la masa helada. Deslumbradores destellos de las aristas del hielo chisporroteaban cuando eran heridos por la luz de los proyectores y, si la caverna medirla unos cien metros de altura, su anchura era casi cinco veces más por una longitud similar, lo cual le dio a Kerryck una pálida idea de la terrible potencia de las máquinas que, no solamente movían las compuertas, sino las bombas que expulsaban el agua para dejar vacío aquella inmensa oquedad de un verde fantasmagórico.

Mas antes de que pudiera concluir su examen, un brusco choque se sintió en el fondo de la nave y ésta se tumbó a un lado. Se oyeron una serie de crujidos espeluznantes, que, afortunadamente, duraron muy poco, y el capitán exclamó:

—¡Nos han dejado varados! ¡¡EN SECO!!

Pero, como en anteriores ocasiones, su reacción fue fulminante:

—¡Equipo de combate de superficie, arriba, a la torreta! ¡Teniente Masterson, hágase usted cargo de la primera patrulla!

Kerryck no olvidó que su misión era periodística. Voló hacia su cámara, de la que tomó un casco y una pistola ametralladora, pues, como al resto de los expedicionarios, le habían dotado de armamento, para un caso apurado, colgándose asimismo una cámara cinematográfica, especialmente construida para la expedición y en

cuyos rollos, a pesar de su reducido espacio, merced a la especial fabricación de la película, cabían tres o cuatro mil metros, y echándose un par de ellos de repuesto en los bolsillos, trepó por la escala como un gato, sintiendo el helado soplo de aquella gélida caverna.

Mas apenas, en unión de los primeros marinos del equipo de superficie, había puesto los pies en la cubierta, inclinada casi 30º sobre estribor, cuando un grito sonó a su lado y uno de los hombres se desplomó, contemplando Kerryck espantado la sangre que le salía, de la espalda. Y no fue esto lo que le extrañó, sino que la muerte del marinero hubiera sido causada por un arma de museo o de deporte.

¡El emplumado astil de una flecha sobresalía entre los dos omoplatos del muerto!

CAPÍTULO VIII

Durante una décima de segundo, Kerryck se quedó atónito, estupefacto, contemplando el cadáver del marinero como si no acabara de creer la imagen que sus pupilas transmitían a su cerebro, pero bien pronto su atención quedó captada por cuanto le rodeaba.

El submarino había quedado, al ser expulsada el agua, escorado de banda, en un lugar en el que el fondo de aquella enorme caverna, toda ella de hielo, hacía suave pendiente. Y por ella, aullando ensordecedoramente algo que no entendía, pero que algunas palabras le sonaron como si fueran pronunciadas en la misma lengua en que había hablado el hombre que proyectaron en casa del difunto doctor Lawrence, bajaba un numeroso grupo de hombres.

La temperatura era frígida en extremo, y aquellos guerreros, pues de tal casta se trataba, iban equipados con ropas especiales para soportar aquel frío, llevando capuchas que les protegían toda la cabeza y gran parte del rostro. Pero lo más raro era que cada uno de ellos portaba, sujeta al cráneo por una cinta metálica, una potente antorcha eléctrica que iluminaba ampliamente el espacio que tenía ante sí, pareciendo que una procesión de espectros descendía hacia los tripulantes del submarino que, asombrados, al igual que el periodista, se habían quedado un instante paralizados.

Los atacantes, a pesar del adelanto que suponía la luz que llevaban sobre sus cabezas, iban armados con arcos y flechas. Kerryck no supo establecer la relación del despropósito que existía entre dos muestras tan contradictorias de civilización, y tampoco se preocupó mucho de averiguarlo, porque una espesa nube de flechas cayó sobre la torreta, obligando a los miembros del equipo de superficie a guarecerse contra aquellas prehistóricas armas que atravesaron el aire siseando lúgubremente, alcanzando a algún marinero, a juzgar por las imprecaciones y gritos de dolor que pudo escuchar el reportero.

Éste se dio cuenta de que su misión era puramente informativa, y aunque no desdeñó pensar que, en caso necesario, sabría usar el arma que llevaba terciada, se echó al suelo, poniendo en funcionamiento la cámara, dotada de objetivo sumamente luminoso, por lo que estuvo seguro de que todas las imágenes serian fielmente captadas, y sonrió pensando en lo que iba a disfrutar a su regreso, cuando Hirsch empezase a ver la proyección de aquel ataque de unos miembros de una raza perdida en las profundidades de la Antártida.

La respuesta de los americanos no se hizo esperar. El tableteo de las armas de fuego repercutió sonoramente contra las altas bóvedas de la gigantesca gruta de hielo, en tanto que ráfaga tras ráfaga de balas salían de las bocas de los ametralladores, segando las filas de aquellos atacantes, quienes, sorprendidos por una reacción que no esperaban, vacilaron un segundo, en tanto que los proyectiles de plomo hacían verdaderos estragos en sus filas.

No obstante, eran valientes y siguieron, aun a costa de dejar numerosos cuerpos tendidos tras sí, manchando trágicamente de rojo la impoluta blancura del hielo.

Profiriendo gritos de cólera, se abalanzaron sobre él submarino, en compacto tropel, que no acababan de disolver las armas de fuego. Las flechas continuaban surcando también el aire, y Kerryck se dio cuenta de que los asaltantes llevaban, pendientes del costado, unas enormes espadas, de ancha hoja y filo que supuso sería tan agudo como el de una navaja de afeitar.

Para mejor encuadrar en su cámara la escena, Kerryck había descendido de la torreta a la cubierta, parapetándose detrás de aquella, viendo que antes de pocos minutos los enemigos, a pesar del constante fuego que se les hacia, despreciando la vida, disparando continuamente flechas, a pesar de hallarse heridos muchos de ellos, abordarían la nave y, en un combate cuerpo a cuerpo, los asaltados llevarían todas las de perder. Aquellos arcos eran enormes, de más de

dos metros de longitud, así como las saetas, que eran larguísimas y, por lo que juzgó Kerryck, viendo caer alguna muy cerca del lugar en que se hallaba, pesadísimas, por lo que se dijo que a poco que interesasen las cercanías de algún órgano vital, el herido podía despedirse de la existencia.

Un choque sordo, a media metro de él, confirmó sus suposiciones. Todavía vibraba en el aire el alarido de agonía del marinero herido, cuando, doblándose sobre la barandilla de la torreta, soltando el arma, cayó en cubierta, atravesado de parte a parte con la enorme flecha, que al periodista, a la primera ojeada, le pareció metálica, a excepción de la parte emplumada con objeto de darle estabilidad en su vuelo.

Volaron por el aire las primeras granadas de mano. Los estallidos, breves, secos, rotundos, repitiéndose innumerables veces por la caverna, se confundieron con los espantosos aullidos de dolor que salían de los heridos y moribundos, horriblemente destrozados muchos de ellos. Los cuerpos, dejando trozos de la anatomía, volaban por los aires, pero ni esto consiguió arredrar a los supervivientes que, cerrando sus filas más aún, soltando una descarga de flechas que abatió media docena de marineros, en medio de espantosos aullidos e imprecaciones, saltaron sobre el metálico casco, haciendo rechinar sus botas, provistas de puntiagudos clavos, adaptables a la marcha sobre el hielo, cuando pisaron el hierro del submarino.

La situación, pensó Kerryck, sin desaprovechar un centímetro de celuloide, aprovechándose de que hasta entonces no se habían fijado en él, era realmente crítica. Pocos eran ya los que quedaban vivos, pero si lograban penetrar en el interior, las consecuencias que esto podía traer no serían fácilmente previsibles.

Captó todas las escenas de la lucha cuerpo a cuerpo. Arrojando a un lado los inútiles arcos, los guerreros habían desenvainado las espadas, luchando como demonios. Una de ellas, moviéndose como un relámpago plateado, cayó sobre un marinero, cuya cabeza fue separada instantáneamente del tronco. Pero inmediatamente su matador se estremeció al recibir media docena de balazos, disparados tan de cerca que la ropa le comenzó a arder, inflamada por las llamaradas de los disparos.

En aquel momento, y mientras Kerryck estaba más entusiasmado, sin separar su pupila del visor de la cámara, alguien, profiriendo un espantoso alarido, abiertos sus brazos, en el derecho una espada de terrorífico aspecto, cayó sobre la cubierta, con los pies muy juntos, cayendo a muy poca distancia del reportero, quien, de un agilísimo

salto, se puso en pie. No tenía tiempo de echar mano a su pistola ametralladora. El guerrero, de bronceada tez, a pesar de que parecía haber vivido entre hielos, cargó sobre él, con el acero en alto, dispuesto a dividir en dos a Kerryck, que esperó al último segundo, para esquivar, agachándose en el preciso instante en que la hoja de la espada silbaba a un centímetro escaso de sus cabellos, alargando simultáneamente el pie derecho con lo que su antagonista perdió el equilibrio, ayudándole el periodista a caer por la parte del submarino que se hallaba más inclinada.

Kerryck decidió que ya tenía escenas de sobra emocionantes y dejó la cámara en el suelo, descolgándose el fusil ametrallador. Acabó con el guerrero que había intentado matarle y que trataba de volver nuevamente al lugar de la lucha, con media docena de certeros disparos, haciéndole sumergirse en los dos metros escasos de profundidad acuática que habían quedado en torno al submarino, y luego ayudó a los que se debatían arriba a concluir con los pocos enemigos que ya quedaban.

Cinco minutos más tarde, el espantoso combate había terminado ya. De él no quedaban otros restos que un montón de cadáveres, diez de los cuales pertenecían a la dotación del submarino y los demás a los enemigos, que ahora se hallaban totalmente exterminados. El capitán Cook salió a cubierta y soltó un resoplido al ver aquella carnicería, imitándole el resto de la tripulación que había acudido en socorro de sus compañeros, bien que, por desarrollarse la batalla con tanta rapidez, apenas hubieran tenido tiempo de intervenir.

Una hora más tarde, el plan de operaciones estaba ya decidido.

—No podemos continuar aquí —dijo el capitán, y todos asintieron, porque tenía razón por los cuatro costados—. Esos individuos han salido de alguna parte, y tenemos que buscar el lugar de donde vinieron. Estamos encerrados en una trampa y, aunque tengo medios para volar las compuertas, la nave padecería muchísimo, si no quedaba totalmente destruida. Enviaré un destacamento al mando del teniente Masterson, con el que mantendremos comunicación constante por radio. Ustedes, si lo desean, pueden ir con él. A fin de cuentas, creo que ya hemos llegado al lugar que tanto han buscado y la misión científica le corresponde al profesor, a cuyas órdenes pondré al teniente y a sus hombres.

Y el capitán empezó a dar sus órdenes.

Aprobaron todos las sensatas palabras del capitán. Éste podría

defenderse muy bien con los hombres que se quedaba de reserva, contando con las piezas de artillería del submarino y que, en determinada posición, haciéndolas girar de acuerdo con la escora de la nave, podrían hacer fuego si preciso fuere. De modo que, antes de diez minutos más, veinte hombres fuertemente armados, más el teniente, con el profesor, Loretta, Alma, Barney Tempus y el reportero, pertrechado en abundancia de negativo, emprendieron la marcha por la helada pendiente, en dirección al lugar en donde habían visto salir a los guerreros que ya habían adquirido la inmovilidad de la muerte.

No resbalaron por el hielo. A Kerryck se le ocurrió la idea y unos cuantos marineros se dedicaron a descalzar a los cadáveres, aprovechando sus ferradas botas, extremo que repugnó en sumo grado a Loretta, pero que hubo de reconocer era una medida necesaria.

Kerryck se colocó al lado de ella, agradeciéndoselo la muchacha con una mirada que hizo enrojecer al periodista, quien, en un traspié que dio Loretta, la cogió del brazo, sosteniéndola y comenzando con ella una substanciosa conversación.

No tardaron mucho, sin embargo, en llegar al final de la pendiente. Cesaba ésta casi en ángulo recto, en una pared absolutamente lisa, casi vertical, que más tarde se combaba en suave curva para formar el abovedado de la gruta, terminando a quinientos metros en la parte opuesta, pero de súbito unos gritos atrajeron la atención de la pareja, que se había enfrascado en su diálogo.

—¡Allí! ¡Allí!—señalaban los marineros.

Kerryck siguió con la vista la dirección indicada y apareció, al filo de la arista, un puntito obscuro que supuso sería algo parecido a la entrada de alguna cueva menor.

Procurando no resbalar, colocándose en fila india, todos los expedicionarios corrieron hacia allí, alumbrándose con las extrañas lámparas eléctricas arrebatadas a los muertos y que habían resultado útiles después del combate. Pocos minutos les bastaron para recorrer la distancia que les separaba de aquel estrecho corredor, abierto en el hielo, en la parte superior de la pendiente y, según se dio cuenta el reportero, a unos ciento cincuenta metros sobre el nivel en que se encontraba el submarino, que se veía a lo lejos, tumbado sobre una de sus costados, inmóvil y ahora perfectamente inservible para el uso a que primitivamente fuera destinado. Aquel corredor le explicó a Kerryck la misteriosa aparición de los guerreros, ya que el agua, a lo que parecía, nunca había llegado hasta su altura.

El teniente Masterson estableció el orden de marcha:

—Yo iré en cabeza. Ustedes —se refirió a los expedicionarios que no pertenecían propiamente a la dotación— irán en el centro, con diez hombres a sus espaldas. No tendremos otro remedio que ir en fila india.

—Yo iré con usted, teniente —indicó, sonriente, Kerryck, palmeando la cámara—. No quiero perderme lo que hay al otro lado de ese túnel.

Sonrió igualmente el oficial, encogiéndose de hombros:

—Está bien —dijo—. Pero no proteste si le rascan el estómago con una flecha de esas.

—Al menos tendré el consuelo de que son de oro —rio Kerryck, siendo coreado por los demás, emprendiéndose la marcha acto seguido.

Mas cuando ya había dado el primer paso, sintió un tirón de la manga. Se volvió viendo a Loretta.

—Tenga cuidado —suplicó la muchacha, clavando en él sus inmensos ojazos.

—Lo tendré —replicó él, con una nota de ternura en la voz. E inmediatamente hizo algo que no pudo evitar. Pues tomó la suave barbilla de Loretta, que no hizo ningún movimiento para retirarse, y depositó un beso, apenas perceptible, en aquellos hermosos y frescos labios, sin reparar en las escandalizadas miradas del profesor. Luego, ligero de ánimo, volvió a la cabeza, emparejándose con el teniente, adentrándose en aquel helado y sombrío corredor, cuya baja temperatura les helaba los huesos, a pesar de la ropa de abrigo de que se habían provisto.

Los demás les siguieron.

La marcha duró largo rato. De no haber sido por las antorchas eléctricas, la obscuridad hubiera sido total, absoluta, sin que de ninguna otra parte viniese ningún rayo de luz a aliviar aquellas tinieblas. El túnel se retorcía sobre si mismo, subía, bajaba, pareciéndoles a veces que retrocedían sobre sus pasos, mas, en general, la trayectoria era ascendente y algo oblicua en relación al eje longitudinal de la cueva grande.

Ya llevarían media hora de marcha, cuando Kerryck notó repentinamente algo que, de momento, no supo explicarse. Tardó

todavía unos minutos en reparar a qué se debía la extrañeza que percibía en el ambiente, hasta que, haciéndose la luz en su mente, exclamó:

—¡Fíjese, teniente! ¿Se ha dado cuenta?

—¿Qué es, Olligan?

—No hay hielo ya.

—¿Que no…?

—No, teniente. El hielo se ha acabado ya. Ahora las paredes de este corredor son de roca. Se lo demostraré.

Kerryck sacó el cuchillo de caza de su funda y dio un golpe de refilón contra el muro, del que brotaron unas cuantas chispas, ante lo cual Masterson soltó una exclamación de asombro.

—La roca está pulida, brillante, y, como la temperatura es todavía bajísima aquí, parece ser de hielo aún. Pero el hielo no despide chispas,

—Tiene usted razón, Olligan,

—Me parece que nos estamos acercando ya al final de nuestro viaje.

Las palabras del periodista resultaron proféticas, pues doscientos metros más adelante, comenzaron a notar los primeros síntomas. La temperatura iba en aumento. Todavía era éste muy pequeño, pero fácilmente perceptible y los hombres comenzaron a soltarse ya los cuellos de las pesadas chaquetas forradas de piel. Diez minutos más tarde, una diminuta lucecilla pudo divisarse en lontananza.

—Teniente, creo que nuestra meta está ya a la vista —dijo Kerryck extendiendo el índice, asintiendo el oficial con una inclinación de cabeza.

La subida del calor fue ahora ya más intensa, de tal modo que, cuando se dieron cuenta de que el final del túnel estaba ya a pocos metros de distancia, alumbrando con sus resplandores aquel trozo con toda claridad, las prendas de abrigo comenzaron a pesarles enormemente. Mas antes de que pudieran intentar quitárselas siquiera, desembocaron todos fuera del corredor, quedándose suspensos, atónitos, ante la maravilla que se ofrecía a sus ojos.

Nadie hubiera podido decir que, con ochocientos metros de hielo encima, podía ser posible que allí hubiera un mundo idéntico por completo al de la zona, templada de la Tierra. Verdes praderas, enormes árboles, cuyas hojas eran movidas rumorosamente por una fresca brisa, riachuelos de plata corriendo entre las rocas, perdiéndose la maravillosa visión en el lejanísimo horizonte, cuyo término no podía adivinarse tan siquiera, eran las primeras imágenes de la bellísima estampa que se ofreció a la vista de los miembros de la expedición, quienes, apenas se habían dado cuenta de tales maravillas, remotamente sospechadas tan siquiera, prorrumpieron de nuevo en otra exclamación que brotó unánime de todas las gargantas.

A lo lejos, como a un par de kilómetros de distancia, brillante, resplandeciente, magnífica, se veía una ciudad, cuyos edificios, algunos de ellos con elevadísimas torres de cien y más metros, eran idénticos a los que Kerryck había visto grabados en aquel trozo de misterioso hilo, y hasta juró para su fuero interno si no sería aquella la ciudad que vio proyectada por el aparato construido por la señora Century y Tempus.

Alguien empujó al periodista por la espalda. Eran el profesor y su hija, aquél temblando de pura excitación, riéndose, sollozando, todo al mismo tiempo.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! Aquí está la demostración de mi teoría. Este es el lugar donde viven los hombres que fueron antes que nadie en la Tierra. Olligan, no se pierda una escena, por favor. Filme, grabe todo. Será maravilloso. ¡Oh, qué descubrimiento tan sensacional!

—Descuide, profesor —sonrió Kerryck, apretando la mano de Loretta, soltándose a continuación, para rodar unos cuantos metros de aquella maravillosa, espléndida visión, pero apenas había enfocado el visor de la cámara, oyendo por todas partes los gritos admirativos de los marineros, cuando en el rectángulo de vidrio captó una escena que le heló la sangre en las venas.

Frente a ellos, al final de un trozo de terreno despejado, cubierto por completo de césped, a unos doscientos metros de distancia, había un numeroso grupo de árboles y setos muy espesos, del que, inesperadamente, comenzaron a brotar los guerreros, armados con arcos y flechas, lanzándose hacia ellos, profiriendo espantosos alaridos.

La sangre se le congeló en las venas a Kerryck, a pesar de la deliciosa temperatura, en completo contraste con la frialdad del lugar en que se

hallaba el submarino, cuando comprobó que, así como en la primera batalla apenas hablan sido cincuenta o sesenta hombres los que les asaltaron, en ésta su número era infinitamente mayor. Mil, dos mil, tres mil, calculó rápidamente el reportero, quien se dijo que, por muchos que consiguieran matar, ellos acabarían por ser indefectiblemente aplastados.

No se preocupó, pues, de tomar más escenas. El pellejo era lo que importaba en aquellos momentos y, suspendiéndose la cámara del hombro izquierdo, requirió el fusil ametrallador, en tanto que el teniente Masterson vociferaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Atrás! ¡Atrás todo el mundo! ¡Al túnel! Es nuestra única salvación. ¡A ver esas dos ametralladoras pesadas para proteger la retirada!

Todos empezaron a retroceder.

Tres hombres con cada una de ellas, con perfectos movimientos sincrónicos, hijos del duro entrenamiento a que habían sido sometidos, corrieron hacia los lugares que había señalado el teniente, protegiéndose detrás de dos pequeñas rocas. Kerryck se dio cuenta vagamente de que la señora Century, en tanto se desprendía de su mochila, corría hacia otra roca, tratando de esconderse detrás de la misma, pero le distrajo la voz del teniente:

—¡No disparéis hasta que yo lo ordene, muchachos! Hay que aprovechar todas las balas.

La masa de guerreros, realmente impresionante, se acercaba cada vez más. Los americanos tenían la ventaja de que estaban en la cima de la suave pendiente, con lo cual la velocidad de sus adversarlos se veía ligeramente reducida, pero era fácil de saber que antes de muy pocos minutos, el temido contacto habría tenido lugar. El periodista corrió hacia donde estaba la muchacha, retirándola de allí, a pesar de sus protestas.

—Yo tengo una misión informativa que cumplir, y no quiero perdérmela. He de tomar al menos unos cuantos planos.

Kerryck, con el fusil ametrallador en una mano y la cámara en la otra, corrió hacia donde estaba emplazada una de las máquinas. Dejó el arma en el suelo, cerciorándose primero de que ya había una bala en disposición de iniciar las ráfagas que debían salir por su boca, y enfocó su aparato hacia las primeras filas de los asaltantes que ya estaban colocando las muescas de las flechas en las cuerdas de los arcos.

Pero cuando ya tensaban éstas, de repente ocurrió algo que dejó a Kerryck boquiabierto.

¡La masa de guerreros se detuvo, como clavada en el suelo!

Y no paró ahí todo, porque el más absoluto silencio se hizo repentinamente, y miles de hombres, arrojando sus armas, se prosternaron, humillando sus frentes, escondiendo sus rostros entre los brazos.

Cuando Kerryck quiso averiguar lo motivos de tan extraordinaria e inesperada acción, oyó una voz grave, profunda, melodiosa, pronunciar unas palabras en un idioma que conocía, pero no comprendía. Giró la vista, buscando al propietario de la voz y su mandíbula inferior se distendió cuando reconoció a la persona que hablaba.

Extendidos los desnudos brazos, ceñidos por pesados brazaletes de oro y gemas; con una riquísima túnica que le llegaba hasta los pies, cuyos tobillos estaban ceñidos con valiosas ajorcas, subida en la roca tras la que se escondiera, Alma Century estaba hablando a aquellos guerreros, tan repentinamente amansados y que prestaban atención a sus palabras con un silencio absoluto.

CAPÍTULO IX

Kerryck puso en marcha el grabador de sonidos, diciendo;

—Cuando usted quiera, señora Century.

Los expedicionarios se encontraban en una inmensa sala, que seguramente debía ser la del templo de los sacrificios. Rodeando a la señora Century, los expedicionarios la contemplaban atentamente, admirados de su sobrehumana belleza, que había aumentado todavía más al colocarse aquellos extraños ropajes, con los cuales se había hecho visible ante los guerreros deteniéndolos en seco. Alma comenzó a hablar:

—Yo no soy…, no he nacido en la Tierra. Mis ojos vieron la luz por primera vez en un mundo remotísimo, infinitamente alejado de aquí, y

que en nuestra lengua, por curiosa coincidencia, tan parecida a la de estos hombres, se llama Ergamion, Por mi nacimiento estaba destinada a reinar un día allí, pero, acompañada de dos hombres, tuve que huir apenas había llegado a la que en la Tierra llaman "edad florida", los dieciocho años. Aun siendo nuestra raza de una civilización infinitamente superior a la vuestra, no podíamos prever con exactitud el lugar donde íbamos a parar, aunque al cabo de cierto tiempo de viajar por el espacio, logramos detectar la Tierra, convenciéndonos de que reunía condiciones de habitabilidad, por lo que, al emprender el viaje, no dejamos de llevar con nosotros algo que iba a sernos de infinita utilidad: un rollo en cuyo filamento estaba grabado todo lo más intrincado e interesante de nuestra ciencia, ya que a pesar de que en nuestra memoria se almacenaban infinidad de conocimientos, también la capacidad de recuerdo tiene un limite, y, teniendo el carrete, construido el proyector, como hicimos Tempus y yo, siempre podíamos estudiar o recordar aquello que no supiéramos o hubiéramos olvidado. Pero, de los dos hombres que venían conmigo, uno de ellos, celoso, mal aconsejado por sus propios pensamientos, hirió al otro, dejándolo por muerto y, tratando de acabar conmigo, apenas habíamos penetrado en la atmósfera terrestre. El violento aterrizaje de nuestra nave espacial le impidió consumar sus propósitos contra mí, pero en cambio yo no supe evitar que se llevara aquel rollo que, para nosotros, era el más preciado tesoro que pudiéramos haber tenido. Podía haberme lanzado en su persecución, pero lo dejé para más adelante. De momento, lo que convenía era salvar la vida del otro, y pude conseguirlo. Los hombres que vivían en el lugar donde habíamos aterrizado acudieron, pues habían visto el rastro de fuego que había dejado la astronave al cruzar la atmósfera, y nos atendieron, tratándome a mí como la diosa que, según sus tradiciones, debía; llegar algún día desde el espacio.

Alma hizo una pausa, mirando a sus oyentes, cuya atención estaba totalmente pendiente de sus hermosos labios, rojos como la grana sin necesidad de artificio alguno y sonrió levemente, cuando se dio cuenta de que el periodista estaba tomando un primer plano de ella. Luego, éste retrocedió y enfocó el objetivo de modo que cupieran en él la mujer y la enorme estatua de oro purísimo, constelada de joyas, que tenía a su lado, y que reproducía con toda fidelidad sus bellísimas facciones, demostrando con su presencia la autenticidad de las palabras de Alma, quien, tras sonreír de nuevo viendo a Kerryck enfocar al embobado auditorio, prosiguió:

—Cuando ya llevábamos muchísimos años aquí, comunicando nuestra sabiduría a estos seres, haciéndoles progresar notabilísimamente, decididos a imponer nuestra civilización en el resto del planeta algo

inesperado trastornó nuestros planes. Una catástrofe ocurrió en el vacío sideral y un mundo de este sistema, convirtiéndose en infinidad de fragmentos, hoy llamados asteroides o planetoides, estalló repentinamente. Novak, o sea Barney Tempus y yo, no tardamos mucho en darnos cuenta de que aquel cataclismo podía traer, como trajo, gravísimas consecuencias, y decidimos una emigración en masa, pues la región en que habitábamos sería la primera en sufrir los efectos de aquel estallido, que tan graves fueron que, como ha supuesto acertadamente el profesor Myers, cambió totalmente la faz de la Tierra, porque varió el eje de ésta. No obstante, los fragmentos desprendidos de la explosión nos alcanzaron mucho antes de lo que esperábamos y murieron millones de personas. Se vaciaron los océanos, formándose otros nuevos. Cordilleras enteras se hundieron en un sitio, para alzarse en otro, y los hielos se fundieron en los casquetes polares, para formarse nuevamente en otros lugares completamente distintos, como el que nos encontramos ahora. Pero Novak y yo disponíamos de tiempo en abundancia y, dejando a un lado nuestra venganza, pensando en que lo primero era el cuidado de aquellos a quienes gobernábamos, nos ocupamos de su felicidad y descubrimos esta inmensa oquedad, a la que condujimos a los pocos supervivientes que había habido, con objeto de que no se extinguiera la raza. Tuvimos que "fabricar" un sol que, como ustedes han podido apreciar, sigue funcionando todavía y funcionará hasta que la Tierra deje de serlo, automáticamente, proporcionándose él misma la energía para dar luz y calor análogos a los del sol auténtico, siguiendo asimismo el ciclo de éste, con objeto de que la vida humana y vegetal sea lo más parecida posible a la del exterior, es decir, encendiéndose poco a poco por las mañanas y apagándose lentamente por las noches, aunque no se hace totalmente la obscuridad, como pasa en la superficie en la que, bien con las estrellas o con la Luna, hay un mínimo de luz. Y, cuando, pasados unos cuantos siglos, repoblado este lugar, seguros de que estos hombres sabrían gobernarse por sí mismos, sin haberles dicho nada de que existía un mundo habitable fuera de éste, habiéndoles comunicado gran parte de nuestros conocimientos, Novak y yo creímos que podían muy bien pasarse sin nosotros, decidimos abandonarlos, al menos temporalmente, con objeto de buscar a Zoral y castigarle como se merecía.

De nuevo volvió Alma a hacer una pausa, en medio del absoluto silencio con que era escuchada, reanudando acto seguido su disertación:

—Fue muy astuto Zoral. Muy listo, y supo bien pronto que nosotros dos andábamos a su zaga. Creó una civilización, la de los incas, realmente adelantada, pero al enterarse de que lo perseguíamos, los

dejó. Por eso perdieron buena parte de los conocimientos adquiridos, quedando reducidos, con el paso de los años, a unos seres de bárbara cultura, tal como los encontró Pizarro a su llegada al Perú. Por todas partes donde iba Zoral ocurrían catástrofes, las grandes luchas religiosas del antiguo Egipto. Las invasiones de Genghis Khan. Las guerras napoleónicas. Las dos últimas mundiales. Todas estas gigantescas matanzas fueron provocada por él, con la esperanza de que nosotros pudiéramos hallarnos en medio y morir, no atreviéndose a combatirnos. Y, cuando al fin lo descubrimos, se sintió perdido y pasó al contraataque. Debo aclarar que el rollo que nos arrebató lo perdió antes de marcharse de lo que hoy es el Perú, siendo siglos más tarde hallado por el profesor, no habiéndose atrevido a regresar por él, temeroso de que pudiéramos encontrarle allí. Por eso fue al avión de línea a robárselo a usted, profesor, y Loretta —Alma sonrió complacida— supo darle bien el cambiazo, aunque luego no sirviera para nada.

—Hay un punto que me gustaría aclarar —dijo el periodista, colgándose por un momento la cámara del hombro.

—¿Qué es, señor Olligan? —inquirió dulcemente la mujer.

—Había otro carrete. El que yo le cogí a *Ojos Negros* Dickson. ¿Cómo lo tenía éste y cómo sabía que era, él me lo dijo, el enigma de los siglos?

—Tuvimos que recurrir a él, pues nos lo habían robado. Teníamos la plena seguridad de que no había sido Zoral, sino algún vulgar ladronzuelo, atraído por el señuelo del brillo del hilo, y encargamos a Dickson que lo recuperase. De no hacerlo él, no lo hubiera hecho nadie, y debemos reconocer que logró sus propósitos. Pero si los consiguió, no los consumó, porque Zoral se le anticipó, enviando un coche para matarlo y, solamente gracias a la intervención del señor Olligan pudimos recuperarlo.

—¿Qué había grabado allí, señora Century? —inquirió Myers.

—Toda la historia de la civilización que nosotros habíamos creado, lo cual se hubiera completado perfectamente con el otro carrete —respondió ella.

—¿Y la pistola? —ahora fue Kerryck el interrogador.

—Se la dio Novak, diciéndole que solamente la usara en caso extremo. Pero cuando Zoral asesinó al doctor Lawrence, llevándose el otro carrete, se apoderó de ella también, pues era larga y difícil su

construcción, aunque, según creo, él tenía también otra, ¿no es así?

—Dígamelo a mí, señora Century —rio el periodista—. Por poco me convierto en un asado.

—Bien, ya sabemos cuál es el enigma de los siglos. Sabemos ya el misterio de los rollos de hilo metálico —dijo el profesor—, pero falta saber qué es lo que vamos a hacer a partir de este momento. No hay que olvidar que ese Zoral, o como se llame, anda por estos lugares y solamente gracias a la intervención de Alma estamos vivos.

—No creo que intente nada —sonrió la mujer—. Sabe que he llegado y que los hombres de esta raza me obedecerán ciegamente, por lo que es de suponer que ande buscando el medio de evadirse de aquí, para substraerse a nuestra venganza, que llegará inexorablemente.

—Me parece de perlas —comentó Kerryck—. El asesinato del doctor Lawrence es algo imperdonable, y bien sea en la silla eléctrica o atravesado por una de esas flechas, el tal Zoral debe pagar su crimen, que no fue el único. Por lo visto, millones de seres han muerto a causa de su desatada ambición.

—Pero ha llegado ya su última hora —exclamó Alma, solemnemente, haciendo una señal con la mano a un hombre bronceado, semidesnudo, que se hallaba algo apartado del grupo.

Tenía éste en la mano un gigantesco mazo, de mango de oro, rematado por una colosal esmeralda, en la que no habían reparado los americanos y que les hizo lanzar una exclamación de asombro, la cual constituía el mazo propiamente dicho y que fue volteada en el aire apenas percibió el hombre el ademán de Alma. Golpeó la gigantesca piedra en el centro de un colosal disco, también de oro, de más de tres metros de diámetro, que emitió al instante un profundo sonido, cuyas vibraciones se expandieron solemnemente por todos los ámbitos,

Frente a aquella especie de altar, junto al cual se hallaban todos los expedicionarios, en la parte opuesta, a casi cien metros de distancia, se hallaba la puerta de entrada, de pesados batientes, altísima, pesada, esplendente en su maravillosa labor de cincel, la cual se abrió lentamente apenas se hubo escuchado el sonido del gongo.

Nadie pareció tocarla, ni nadie empujó las gruesas hojas. Pero una serie de figuras aparecieron en el umbral, comenzando a andar al momento.

Una de aquellas personas caminaba en cabeza, solo, aislado de los

demás. Su atavío era parecidísimo al de Alma, y Kerryck pudo escuchar las palabras del profesor al oído de Loretta, en tanto que su cámara, incansable, continuaba recogiendo todas las escenas de tan singular aventura.

—Ese debe ser el sumo sacerdote —decía Harold Myers.

—Eso creo yo, papá. Pero, ¿te has dado cuenta del notable parecido que tiene con el que vimos proyectado en Nueva York?

—No hay más que una razón posible, hija, y es que ese hombre es un descendiente del otro. Probablemente el sumo sacerdote debe ser hereditario de padres a hijos.

El hierofante, impávido, sin mirar a derecha e izquierda, seguido por una impresionante procesión de colegas, en triple fila, vestidos igualmente, aunque con adornos ligeramente inferiores, como demostración de su menor categoría, continuó avanzando pausadamente, hasta detenerse a pocos pasos de las enormes gradas, en las que, rodeando a la señora Century, ahora dueña y señora, como diosa de su religión, de aquellos hombres, se hallaban todos los expedicionarios, quienes, instintivamente, se echaron a ambos lados, dejando el espacio suficiente para que la mujer quedara sola y pudiera ser contemplada por sus súbditos. El sumo sacerdote llegó hasta allí, deteniéndose y prosternándose con el mayor respeto, en lo que le imitaron los demás.

—Levántate. Y ordénaselo a tus compañeros. En lo sucesivo nadie deberá arrodillarse ante mí —ordenó secamente Alma, quien, a continuación, inquirió—: Aquí, en este país, hay un hombre que ordenó atacarnos y exterminarnos. ¿Dónde está, Sipac?

La conversación se desarrollaba en un lenguaje no entendido por los que allí eran extranjeros, pero por los gestos pudieron darse cuenta de lo que trataba de averiguar Alma.

El sumo sacerdote, interpelado de una manera tan brusca, miró a un lado y a otro, como disgustándole tener que dar una contestación categórica, pero Alma se le anticipó:

—Sé los pensamientos que cruzan por tu cerebro, Sipac —murmuró ella irónicamente—. No te ha convencido en modo alguno mi inesperada aparición. Tú eras quien gobernaba a mi pueblo de la manera que mejor te parecía, sin tener que dar cuenta a nadie de tus actos, y ahora te estorbo, ¿verdad? ¿Dónde está ese hombre? —pidió, exigió Alma imperiosamente—. Contesta o haré que te destituyan,

convirtiéndote en un paria.

—No hace falta que lo indagues, Trytha —exclamó una voz desde la puerta, una voz que se oyó distintamente a pesar de la distancia, una voz que, tanto al profesor como a Loretta les pareció vagamente conocida—. Ese hombre que buscas, ese Zoral que has perseguido en vano durante miles de años, está aquí, dispuesto a terminar lo que no pudo acabar a nuestra llegada a la Tierra.

Apartando al grupo de sacerdotes, que se arrojaron temerosamente a ambos lados, un hombre hizo brusca irrupción en el inmenso salón, seguido por un buen número de guerreros armados hasta los dientes, todos ellos con la flecha en la cuerda del arco, lista para ser disparada en cualquier instante.

—¡Doctor Lawrence! —exclamó el profesor, atónito, estupefacto, dando un paso hacia él, pero deteniéndose al escuchar la imperativa voz de aquel hombre.

—Atrás, profesor. No se mueva, se lo recomiendo —y, tras arrojarle una desdeñosa mirada, se encaró con la mujer que permanecía sentada al pie de su propia estatua.

—Mucho tiempo ha pasado, Trytha, desde que nos vimos por última vez bajo nuestro aspecto anterior. Veo que sigues teniendo a tu lado a ese imbécil de Novak. ¡Cuánto mejor nos hubiera ido para los dos el unirnos y conquistar el mundo, en lugar de combatimos el uno al otro! Tenías que ser mujer para no haber caído en la trampa que te tendí, Trytha.

—Te conocí desde el primer día que entré a tu servicio, Zoral. Quería impedir tus maquiavélicos planes. Impedir que sumergieras a la Tierra, como ya lo habías hecho anteriormente, en un mar de sangre, pero antes de matarte tuve que esperar largos años hasta que al fin pude encontrar a Novak. Quería que él participara de la venganza común. También supe desde el primer momento que el cadáver hallado no era el del doctor Lawrence, sino el de algún desgraciado a quien tú mataste, desfigurándolo después, para que no fuera reconocido, con objeto de eludir nuestra persecución, una vez conseguidos los dos carretes —repuso serenamente Alma.

—Ahora no habrá más venganza que la .mía —contestó Zoral-Lawrence, con terrible dureza en el acento—. Pero tú puedes librarte de ella. Éstos —y su mano se agitó despectivamente en abanico—, han de morir irremisiblemente. Tú serás mi esposa y los dos seremos los

reyes de este planeta.

Alma soltó una breve carcajada.

—Aun hallándonos a miles de millones de kilómetros, a miles de años de distancia de nuestra época y de nuestro paneta, no sigues siendo otra cosa que un vil esclavo, comparado con la realeza de mi estirpe, que procede de la fundación del Universo. ¡Tú! —repitió despreciativamente Alma—. Tú, mi esposo... Tan solamente por haberte atrevido a pensar tamaño disparate mereces la peor de las muertes, Zoral. Y la tendrás. Morirás de tal manera que sollozarás pidiendo una mano compasiva que acabe pronto contigo, librándote del tormento.

Kerryck no se daba punto de reposo, manejando su cámara, teniendo al lado el registrador de sonidos. No entendía, mas se suponía las frases que se cruzaban entre Alma y el supuesto doctor Lawrence, y pensó que, una vez se hubiera concluido todo aquello, la mujer les descifraría la conversación. En cuanto a lo que estaba grabando en imágenes, se estremeció de placer al pensar en la sensación que causaría en el mundo cuando fuera revelada aquel secreto tan celosamente ocultado durante larguísimos siglos.

—Fuiste muy tonta, Trytha —continuó diciendo Zoral—. Quisiste conquistar este mundo pacíficamente y no les enseñaste la construcción de otra clase de armas que las meramente decorativas, como arcos, flechas y espadas. Querías gobernar por el convencimiento. El mundo se conquista con armas, armas útiles, eficaces, no con palabras, y así lo haré. Solo, o contigo. ¡Vamos, decídete de una vez! Ya hemos hablado bastante.

Lenta, calmosamente, irguiéndose en su majestuosa estatura, Alma se puso en pie. Extendió su brazo, gritando:

—¡Arrojad vuestras armas al suelo! ¡Yo soy vuestra diosa y os lo ordeno! ¡De lo contrarío os fulminaré! ¡Arrojad las armas al suelo, repito!

Las palabras de la mujer causaron sensación en los guerreros. Durante centurias enteras les habían hablado de una diosa que vendría de algún lugar remoto, para llevarlos a conquistar el mundo, y en lugar de ello, les ordenaba arrojar, desprenderse de lo que un guerrero apreciaba en esta vida más que su existencia: sus armas. Y vacilaron, sin atreverse a obedecer totalmente la orden, mas dejando de apuntar con los arcos, cuyas cuerdas se aflojaron.

Zoral se dio cuenta de la maniobra de sus hombres y apreció que si no obraba rápidamente, podía considerarse perdido. De modo que, alzando los brazos, contuvo el movimiento de deserción, aullando:

—¡No la obedezcáis! ¡Es una impostora! ¡Esa mujer no es vuestra diosa, sino una impostora! ¡Apresaba! ¡Matad a todos sus compañeros!

De nuevo volvieron a tenderse los arcos, y Kerryck, dándose cuenta de que se aproximaba la hora del jaleo, gritó a Masterson:

—Teniente, dispare contra ese hombre, o no saldremos vivos de aquí.

El oficial no lo dudó un segundo. Alzó su fusil ametrallador y apretó el gatillo. Una serie de estruendosas detonaciones sacudieron el ambiente, al mismo tiempo que la confusión más espantosa se apoderaba de todos los presentes.

CAPÍTULO X

Zoral se dio cuenta de la maniobra del teniente Masterson y saltó ágilmente a un lado, con lo que la ráfaga de balas alcanzó a un guerrero, que, soltando el arco, cuya flecha se disparó inofensivamente, cayó al suelo, lanzando un aullido de agonía, en tanto que el hombre que tenía toda la culpa de aquello se escabulló rápidamente aprovechándose del *pandemonium* que acababa de formarse.

Los disparos del teniente fueron la señal para que se desencadenara la batalla. Kerryck saltó a un lado, esquivando por milímetros una pesada flecha, que siseó ominosamente junto a su costado, tomando acto seguido del brazo a Loretta y arrastrándola hasta el lugar que había detrás de la enorme estatua, debajo inmediatamente del grandioso pedestal, en el cual, tanto la muchacha como Alma podrían estar seguras, en tanto se desarrollaba el combate.

Tronaron las ametralladoras y silbaron las flechas. El teniente Masterson gritó:

—¡A la escalinata todo el mundo y cuerpo a tierra allí! ¡Es el único medio de evitar bajas! ¡Rápido!

Obedecieron los marineros, no sin dejar tres o cuatro cuerpos de sus compañeros tendidos en el suelo, atravesados por aquellas larguísimas flechas. Las dos ametralladoras pesadas fueron emplazadas, una a cada lado de la estatua, comenzando en seguida a ladrar incesantemente, atronando el espacio con su continuo matraqueo, en tanto que los alaridos de agonía de los guerreros situados en primera fila y que caían segados como la mies al paso de la guadaña, se elevaban en espantosos tonos.

Pero era mucha la masa de guerreros y, aun sufriendo pérdidas elevadísimas, aprovechándose de la relativa poca distancia que había entre ellos y los expedicionarios, cargaron, tras soltar una nueva descarga de flechas que, merced a su imprecisión en la puntería, no causaron apenas daños sobre éstos, en alto las afiladas espadas, capaces de decapitar, como ya había visto el reportero, a un hombre de un solo tajo.

Embarazado por la cámara, luchando por descolgarse su ametralladora, Kerryck se dio cuenta de que un guerrero, agitando de modo amenazador su acero, se le echaba encima. Se dio cuenta de que no tendría tiempo de disparar el arma y en consecuencia hizo lo que únicamente podía hacer en aquel tan apurado momento.

Después de rebotar, una flecha había llegado hasta sus pies. Se inclinó, tomándola en la mano, dándose cuenta al mismo tiempo de la pesadez de la saeta y asiéndola firmemente, echó el brazo hacia atrás.

Sus músculos se tensaron, disparándose. La flecha, larga de dos metros, partió silbando, hundiéndose profundamente en el pecho de su antagonista, quien, con ambas manos, se asió al arma, tratando, con espasmódicos movimientos, de arrancársela, cayendo al suelo, en el que se revolcó durante unos instantes, antes de quedar inmóvil. Pero antes de que Kerryck pudiera intervenir de nuevo, presenció algo horrible, espantoso, aterrador.

Una docena de guerreros, despreciando los numerosísimos disparos, reduciéndose su número a medida que avanzaban, cayó sobre los tres marineros que servían la ametralladora más próxima al periodista, quien inmediatamente se dio cuenta del gravísimo peligro que entrañaba la maniobra. Salvado este obstáculo, nada ni nadie les impedirían llegar hasta donde se encontraban las dos mujeres y el profesor que, hombre timorato, se había resguardado también del tumulto.

Los tres marineros se dieron cuenta de que tenían aquellos hombres

encima y se pusieron en pie, sacando sus cuchillos, mas antes de que tuvieran tiempo de usarlos, cayeron, atravesados por infinidad de tajos y estocadas. Pero en el mismo momento, el arma de Kerryck entró en funcionamiento.

A la altura de la cadera, tableteando incesantemente, agitándose como si fuera una cosa viva, Kerryck la movió en pequeño abanico, oprimiendo el gatillo, hasta que vio, uno tras otro, en confuso montón, a los asaltantes, algunos de cuyos cuerpos hubo de apartar a un lado para poder manejar la abandonada ametralladora.

Sembrada de muertos y heridos la enorme grada, que se alzaba casi una docena de metros sobre el nivel del templo, la máquina entró en funcionamiento disparando Kerryck hacia su izquierda, que era el lugar menos amenazado para sus enemigos y por donde éstos se agolpaban para el asalto definitivo.

Los gritos de dolor y de agonía que oyó el periodista en medio del espantoso tumulto le convencieron de que su acción no había podido ser más oportuna. El grupo se esparció, como hojas caídas en medio de un furioso tifón, tifón que, en aquel caso, era de plomo y muerte y que barrió los guerreros, haciéndoles retroceder apresuradamente.

Unas cuantas explosiones, al mismo tiempo que sendos globos de humo blanco se elevaban en el aire, indicaron al periodista que, habiendo alcanzado la distancia conveniente, las granadas de mano habían entrado en funcionamiento. Aumentaron los alaridos de dolor, al mismo tiempo que varios cuerpos, agitando piernas y brazos, saltaban por los aires, y, ya en franca derrota, dejando el interior del templo convertido en un verdadero campo de batalla, cubierto literalmente de guerreros tendidos en medio de grandes manchas rojas, los enemigos se decidieron a retirarse, ante lo cual, el teniente Masterson ordenó una suspensión momentánea del fuego.

Sus hombres obedecieron en el acto.

Kerryck se unió al oficial, después de tranquilizarse con respecto al estado físico de Loretta. Contó las bajas:

—Doce muertos y tres heridos, teniente. La mitad de nuestras fuerzas.

—Sí. Hemos sufrido un rudo golpe —contestó el oficial—. Tendré que comunicarlo al capitán y que él resuelva.

Alma, seguida del profesor y de su hija, salió en aquel instante de detrás del pedestal. Habló:

—No creo que vuelvan a intentar otro ataque, teniente. Saben que les costaría infinidad de bajas.

—No estoy de acuerdo con usted, señora —repuso tranquilamente Masterson, pasándose un pañuelo por la frente sudorosa—. Fíjese qué en el primer embate nos han reducido a la mitad. Otro igual y ya podemos despedirnos de este cochino mundo. Hablaré con el capitán Cook, diciéndole lo que hay y que envíe algún refuerzo hasta la salida del túnel pequeño, hacia el que nos dirigiremos inmediatamente. Ese Zoral, o doctor Lawrence, cómo quiera que se llame, repetirá sus golpes hasta que no quedemos uno. Tiene muy bien educados a sus hombres y, por lo que he podido ver, ésta es una raza eminentemente guerrera, a la que no se puede dominar sino con la fuerza de las armas.

Alma suspiró. Sabía que el oficial tenía razón. Durante unas horas había creído en su triunfo, pero ahora veía que Zoral había logrado imponerse. Se volvió hacia Novak, alias Barney Tempus, poniéndole una mano sobre el hombro:

—Deberemos aplazar nuestra venganza, Novak. De nuevo hemos sido derrotados.

—Hemos aguardado miles de años, Trytha, y podemos aguardar otros tantos. Nuestra vida, merced a la sabiduría de tu padre, que muriera vilmente asesinado en Ergamion, es prácticamente ilimitada. Todavía estamos en plena madurez y podremos soportar otro tanto.

—Gracias, Novak. El día en que nuestra venganza sea un hecho, tendrás tu recompensa —murmuró, ella dulcemente, y ante el asombro de los americanos, el hombre a quien conocían como Barney Tempus, se arrodilló ante la mujer, besándole respetuosamente la orla de la túnica.

Alma se volvió hacia el teniente:

—Cuando usted quiera —y al decir esto sonrió tristemente—. A la llegada vine como una diosa, aclamada por todos estos que ahora yacen ahí. Ahora tengo que marchar como una fugitiva, escondiéndome de los que desean mi muerte.

—Así es la vida, señora —comentó filosóficamente Masterson, gritando—: ¡En marcha!

Saltando por encima de los cadáveres, por encima de algunos cuerpos que todavía se movían, el reducido grupo de expedicionarios se puso

en marcha. Kerryck consideró que ya había tomado suficientes metros de celuloide, sobre todo a su llegada, enfocando las esplendorosas edificaciones de aquel extraño pueblo ubicado en las profundidades de la Antártida, por lo que se puso en cabeza, llevando la ametralladora pesada, y un par de cintas rodeándole el cuello y pecho. Era grave la carga, mas todo lo daba por bien empleado. No quería que, si Zoral aparecía por el templo, pudiera apoderarse de ella y utilizarla en su contra.

Salieron al exterior. El aspecto era de la más absoluta desolación. Un tremendo silencio envolvía aquel pueblo, de soberbias edificios, cubiertos la inmensa mayoría de ellos con grandes láminas de oro ricamente labradas. Kerryck pensó con amargura en la colosal fortuna que dejaban a sus espadas y, de repente, sin poderse contener, con el pomo de su cuchillo golpeó un trozó de la pared, haciendo saltar de ella una enorme esmeralda, de diez centímetros ,al menos de grosor, entregándosela a Loretta, quien la tomó, sorprendida.

—Tome. Por lo menos no nos iremos de vacío. En los Estados Unidos esto le valdrá una millonada.

—Pero, ¿y usted? —inquirió asombrada la muchacha.

Se echó a reír el periodista, al mismo tiempo que palmeaba la cámara.

—Aquí tengo mi fortuna. Creo que me haré una casita en los Adirondacks igualita a éstas —y señaló el grupo de edificios que iban quedando a sus espaldas.

Pero en aquel momento, un marinero se acercó al teniente.

—¡Le llama el capitán Cook, señor!

Masterson tomó el aparato, escuchando algo que le puso los pelos de punta.

—La compuerta se abre y el agua está entrando. Quédense donde están, Masterson.

El teniente se detuvo, estupefacto, mas apenas hablan cesado de oírse las palabras del capitán, cuando un profundo trueno, en la dirección por la que ellos vinieron, sonó largamente, retumbando por todos los valles de aquel mundo hundido en las profundidades de la Tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó Kerryck, sintiendo cómo Loretta, se le aproximaba, en instintiva busca de protección. . ,

Se hallaban ya a la salida del pueblo de oro, tan extrañamente desierto, en contraste, con la enorme animación de horas antes. Kerryck se dio cuenta de que algo ominoso pesaba en el ambiente, sin saber explicárselo, hasta que de repente uno de los marineros gritó:

—¡Allí! ¡El agua!

¡EL TÚNEL SE HABÍA ABIERTO Y EL MAR, DESATADO, IRRUMPÍA FURIOSAMENTE EN UNA PAVOROSA CATARATA, EN MEDIO DE CUYA CRESTA ESPUMEANTE PODÍA DISTINGUIRSE, AGITADO ESPANTOSAMENTE; EL "EREBUS"!

—¡Al templo otra vez! —gritó Alma—, Está en alto y es la única probabilidad de salvación que tenemos.

Las palabras de la mujer fueron obedecidas instantáneamente por todos, comprendiendo al momento la gravísima situación en que se hallaban después de lo ocurrido.

Sujetando a los tres heridos, ayudándoles, corrieron todos hacia el lugar que habían abandonado; aunque Kerryck comprendió que pocas esperanzas podían abrigarse. El submarino era su única probabilidad, puesto que las aguas del Antártico acabarían inundándolo todo inexorablemente. Arrojó la ametralladora y las cintas, tomando en su lugar a Loretta que, desfallecida de pavor, apenas si podía moverse, y corrió como un desesperado.

Se explicó el porqué del abandono de la ciudad. Zoral no había vacilado en abrir ambas compuertas, impulsado por su espantoso odio hacia la mujer que le había rechazado, deseando su muerte, sin importarle poco ni mucho el que él mismo pudiera morir.

Llegaron a las proximidades del templo, jadeantes, sin apenas resuello, mas en el momento en que doblaban una esquina, asomando a la gran plaza que había delante del gigantesco edificio, Zoral, con un grupo de los suyos, se les apareció, cerrándoles el paso a su salvación.

Pero el teniente Masterson no perdió el tiempo y fue el primero en disparar, teniendo a sus espaldas el rugido que le anunciaba la invasión acuática.

Tres o cuatro guerreros cayeron, fulminados, en tanto que los arcos de

los demás despedían una bandada de flechas, que volaron siniestramente por encima de la cabeza de los apurados americanos, quienes, luchando por sus vidas, hicieron un fuego concentrado que dejó el lugar sembrado de muertos y heridos, huyendo el resto, arrojando sus armas, con objeto de huir más aprisa, de la avalancha de agua que ya se iba aproximando cada vez más.

Zoral lanzó un rugido de ira, al verse abandonado y, loco, perdido el dominio de si mismo, saltó hacia adelante, con un pesado arco en la mano, cuya cuerda distendió hasta que la tuvo junto a su oreja.

Partió la flecha silbando, en dirección el hermoso cuerpo de Alma, pero antes de que llegase a su blanco, alguien se interpuso. Barney Tempus, quien, lanzando un quejido de agonía, sintió cómo su cuerpo era atravesado de parte a parte, asomándole la punta más de dos palmos por la espalda.

La mujer lanzó un grito de dolor y, olvidándose de todo, se arrodilló al lado del herido, sin darse cuenta de que, en el mismo instante, un chaparrón de balas, envolviendo en su mortífero abrazó a Zoral-Lawrence, lo arrojaba hacia atrás, acribillado por todos los rincones de su organismo.

Kerryck se dio cuenta de que los momentos de Barney estaban contados. Una espuma sanguinolenta le asomaba por las comisuras de sus labios que, no obstante, sonreían felices al contemplar a la mujer que estaba a su lado, pero, de repente, se envaró su expresión y sus ojos se quedaron fijos, sin percibir las primeras espumas de las remolinantes aguas que ya se acercaban.

—¡Vamos, señora Century! —la apremió Kerryck, mas ella denegó con la cabeza y el periodista pudo darse cuenta de que la mujer tenia los ojos arrasados de lágrimas.

—No —exclamó—. Él ha muerto, y mi vida ya no tiene objeto.

Kerryck sintió que le tiraban del brazo y vio el rostro suplicante de Loretta. Con infinito pesar abandonó a la mujer, notando que ya tenía los pies mojados, y tomando nuevamente en sus brazos a Loretta, corrió, trepando por las escaleras hasta aquel refugio que se les ofrecía.

Una vez en alto, se volvió contemplando una escena impresionante. Tan impresionante que se olvidó de que tenia la cámara pendiente del hombro.

Las aguas seguían avanzando, ganando nivel lenta, pero inexorablemente, arremolinándose en infinidad de espumas. Con una fuerza que nadie la hubiera creído capaz, Alma levantó en sus brazos el cadáver del hombre de quien nadie había sospechado estaba enamorada y avanzó hacia el turbión de olas que crecía por momentos.

Cinco minutos más tarde, los dos cuerpos habían desaparecido, y el agua penetraba ya en el nivel de la sala del templo.

—Estamos perdidos —dijo alguien, y Kerryck halló una solución.

—Hay torres, ¿no? Pues donde hay torres hay escaleras para trepar hasta ellas. Aquí nos ahogaremos antes de un cuarto de hora.

El periodista tenía razón. Les costó encontrar la salida, pero la hallaron y, apenas habían llegado arriba, cuando el teniente Masterson lanzó un grito de júbilo:

—¡El submarino! ¡Está allí! ¡Nos hemos salvado!

El grupo de supervivientes se unió al coro de aclamaciones. Balanceándose, saltando sobre las revueltas aguas, cuyo nivel no cesaba de acrecer, el sumergible navegaba en superficie, divisándose algunos hombres sobre su torreta, en vista de la cual el teniente ordenó se hicieran algunos disparos para llamar su atención, cosa que consiguieron a los pocos momentos.

—Tendremos que nadar un poco —dijo—. Éste no es un lugar apropiado para atracar —y cuando el momento llegó, uno tras otro fueron saltando al agua, aproximándose al submarino que, merced a la utilización de sus hélices, contenía el arrastramiento producido por la poderosa corriente de las aguas.

Cuando le llegó el tumo a Kerryck, tomó de la mano a Loretta y saltó al agua, notando un violento tirón en el hombro, pero no le dio ninguna importancia, porque la frialdad del líquido le quitó todo otro pensamiento de la cabeza.

* * *

Los días siguientes fueron una pesadilla, viendo cómo el nivel del agua continuaba ascendiendo lentamente, hasta que el capitán Cook dio la orden de inmersión largamente esperada, y el submarino desapareció de la superficie, encaminándose en busca de las compuertas que le

permitirían el paso al mar libre.

Kerryck y Loretta, embargados en su mutuo amor, no se dieron cuenta de nada, hasta que al fin oyeron gritos de júbilo y corridas de marineros apresurados.

—¿Qué pasa? —detuvo el periodista a uno de ellos.

—El mar libre, señor. Se acabaron nuestras penas.

—Sí, es cierto —murmuró Kerryck, volviéndose hacia la muchacha y abrazándola largamente.

Pero cuando ya estaban en superficie, respirando a pleno pulmón el aire cargado de pobres emanaciones, el padre de Loretta comentó:

—Debajo de nosotros casi tenemos un mundo antiquísimo, que ha vivido miles de años y que ahora está anegado, perdido para siempre. He descubierto un misterio y la noticia causará sensación sobre todo después de que tú, Kerryck, proyectes la película impresionada.

—¿La película? —murmuró el reportero—. ¡Cielos! ¡Mí cámara!

—¿Qué le pasa a tu cámara, querido? —inquirió Loretta.

—Ahora lo recuerdo. . . Aquel tirón que sentí cuando nos arrojamos al agua de lo alto del templo… ¡Mi cámara! —sollozó el periodista—. ¡Se hundió allá abajo! No conservo ningún recuerdo. Adiós mis millones. Adiós…

Loretta sonrió enigmáticamente, sacando algo del bolsillo, de sus hombrunos pantalones. Algo que centelleó deslumbradoramente.

—No todo se ha perdido querido. Nos queda esta esmeralda como recuerdo.

El profesor Myers la tomó en sus manos, contemplándola melancólicamente.

—¡Y esto es cuanto nos queda del enigma de los siglos!

FIN

[1] La estrella «Alpha», de la constelación Centauro, que se encuentra a 4,5 años luz de la Tierra. La segunda es la llamada «Próxima» de la misma constelación.

[2] El citado objetivo sirve para ver en la obscuridad, y los norteamericanos ya lo usaron para sus fusiles en la última contienda, en las postrimerías de la misma, en Iwo-Jima, para cazar a los tiradores japoneses emboscados.

[3] Telespectadores.

[4] **Horro / rra:** Libre, desembarazado, exento. Horro rige la preposición de: *horro de* …